

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — TOMO XXXII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 27. — N° 825.

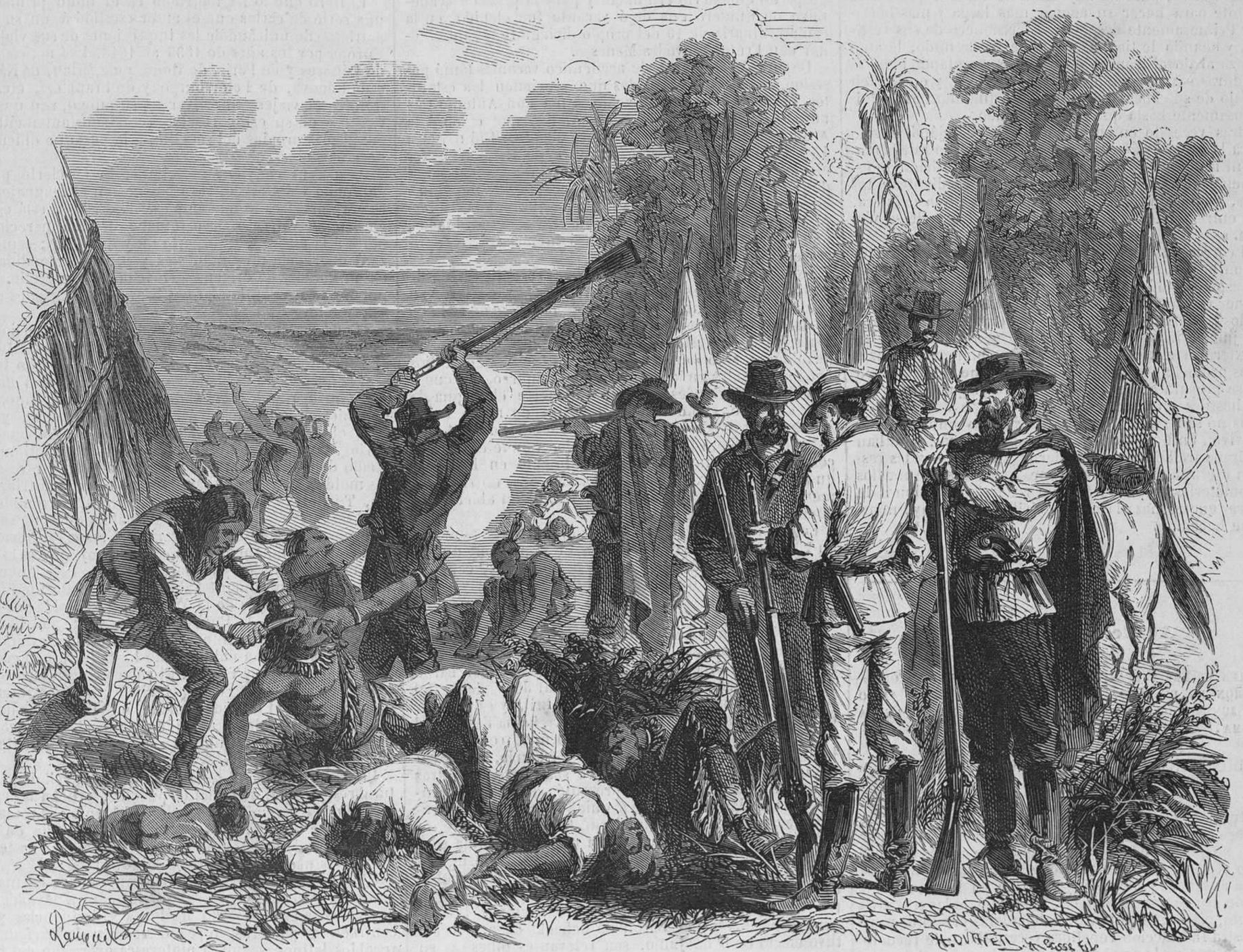
Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

—
Degüello de mujeres y muchachos de la tribu de los sioux; grabado. — Academia española. — La marina mer-

cante con motivo del corte del istmo de Suez. — Sucesos de España; grabados. — Revista de París. — Definiciones de lo bello. — Entrada en Madrid de los generales Serrano y Prim; grabados. — Don Pascual Madoz, gobernador de Ma-

drid; grabado. — Cuestión de crítica literaria. — El terremoto del Perú; grabados. — Debe y haber. — Bajo-relieve de la galería principal del templo de Angkor; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado. — Ch. Terbruggen; grabado.



Estados Unidos. — Degüello de indios Sioux.

Degüello

DE MUJERES Y MUCHACHOS DE LA TRIBU DE LOS SIOUX, EN EL TERRITORIO DE IDAHO (ESTADOS UNIDOS).

Como anunciamos no hace mucho tiempo en este periódico, el gobierno de los Estados Unidos se ocupa en organizar una expedición militar contra las tribus indias esparcidas en los llanos del extremo Oeste, cuya hostilidad entorpece seriamente el movimiento de colonización que se inclina hacia esas regiones desde la construcción del ferro-carril del Pacífico. Rechazado sin cesar hacia el Oeste por el empuje de la civilización, el indio se ve desposeído poco á poco de un territorio que considera como suyo. De aquí su odio sordo y profundo contra los blancos, odio que solo es comparable con el que le profesa á su vez el colono de las fronteras. Esta animosidad reciproca ha dado nacimiento, sobre todo en los últimos tiempos, á conflictos continuos en los cuales la crueldad y la barbarie del hombre civilizado igualan á menudo á la del salvaje, como lo atestigua el hecho que representa nuestro grabado.

No hace mucho que en el territorio de Idaho, cerca del Campo Lyons, fué atacado un tren por una cuadrilla de indios que dieron muerte al conductor y á los viajeros. Habiendo resuelto no dejar sin castigo tan atroz fechoría, al día siguiente una partida de hombres bien armados salía del Campo Lyons en persecución de los culpables. Siguiéron las huellas marcadas en el suelo, y no tardaron en llegar á un campamento de indios Sioux, donde en aquel instante no habia mas que mujeres y muchachos; pero estos desdichados, en número de treinta y cuatro, fueron degollados sin piedad, y terminada esta carnicería, los blancos prendieron fuego á las chozas y se retiraron satisfechos de su venganza.

La prensa americana se ha mostrado unánime en reprobar tales actos de barbarie, cuyo resultado será aumentar los odios de los indios. El *Frank, Leslie's illustrated News-paper*, de donde extractamos estos pormenores, inserta á continuación del relato una carta escrita por un oficial del ejército americano, que ha pasado muchos años en las comarcas habitadas por los salvajes Apaches; y este documento, si no justifica crueldades como la que acabamos de contar, demuestra al menos que la animosidad de los colonos contra los tales indios no es infundada.

«¡Ay! dice, del infortunado que cae con vida en poder de los indios. Ya tiene la muerte segura, pero una muerte atroz, pues no hay clase de tortura que no se invente para hacer su agonía mas larga y mas horrible. Primeramente despojan al prisionero de sus vestidos, y cuando le tienen enteramente desnudo, le atan cabeza abajo al tronco de un cactus, apretando bien las ligaduras para que se le claven las espinas, y encienden debajo de su cabeza un fuego lento que mantienen cuidadosamente hasta que salta el cráneo.

Otras veces le entierran en un hoyo dejándole solo fuera la cabeza y los brazos, de modo que no pueda mover ni las piernas ni el cuerpo. En esta posición le escaldan, le sacan los ojos, le arrancan los dientes y las uñas, y luego encienden en su derredor una hoguera, y se entregan á una danza infernal en torno de su víctima.»

El corresponsal del diario americano añade que estos no son hechos raros y aislados, sino que tal es la suerte que espera á todos los blancos que tengan la desgracia de caer en manos de los tales indios, y que los desdichados que han perecido así se cuentan por centenares; á su juicio, hace falta, con toda urgencia, una guerra de exterminación para destruir completamente la raza.

Nos prometemos que no será así, y que la expedición que se prepara tendrá solo por efecto inspirar á las tribus hostiles un terror saludable. Por lo demás, estas tribus no son las mas; al contrario, hay otras muchas que viven en buena armonía con los blancos, que han celebrado tratados con el gobierno americano, y les respetan escrupulosamente. Despues quizás habria medios de someterlas y colonizarlas sin recurrir á efusiones de sangre, que rechaza la misma civilización á cuyo nombre se hacen.

P. P.

Academia española.

RESÚMEN DE LAS TAREAS Y ACTOS DE ESTA ILUSTRE CORPORACION EN EL AÑO ACADÉMICO DE 1867 Á 1868, LEIDO EN JUNTA PÚBLICA POR EL SECRETARIO PERPÉTUO DE LA MISMA,

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Natural es el deseo de deponer una carga enojosa, ora pese sobre los hombros, ora sobre el corazón; y por tanto, no se extrañará que principie esta reseña desahogando el mio con deplorar, como todos mis compañeros, la ausencia eterna ya! del que en treinta y un años de académico se hallaba presente á todas nuestras sesiones, privadas ó públicas, habiéndolas presidido muy á nuestra satisfacción repetidas veces. Harlo le recuerdan, sin que yo le nombre, los individuos de este cuer-

po literario; pero no puedo excusarlo al resumir sus actas y tareas en el último año académico.

El Excmo. é Ilmo. señor don Eusebio María del Valle (Q. S. G. H.), pasó á mejor vida el día 17 de octubre de 1867, á las ocho de la mañana, dejándonos, así como á su apreciable familia, por único consuelo de pérdida tan dolorosa, el saber que no acompañaron á su casi repentina muerte las prolijas y congojosas dolencias que suelen acompañarla. Gozaba pocas horas antes de perfecta salud, y aun de la jovialidad bondadosa y expansiva con que siempre se captó la benevolencia de cuantos le trataban.

Era el decano, pero no el de mas edad entre los individuos de esta corporación; cuatro mas ancianos le hemos sobrevivido!... Cumplióse con tan triste motivo cuanto previene el reglamento para honrar la memoria del ilustre difunto. En la misma junta en que se hizo constar su fallecimiento, el señor don Antonio Ferrer del Rio se brindó á escribir su necrología, en virtud de un acuerdo anterior, y cumplió su espontáneo ofrecimiento leyendo á la Academia en 23 de diciembre un patético y á todas luces interesante discurso, en el cual consignó, al par que las virtudes que distinguieron al difunto, su brillante carrera literaria y no vulgares méritos que contrajo, ya como empleado, principiando por un modesto destino y llegando al muy honorífico de consejero ponente en el real de instrucción pública; ya como catedrático de un Instituto, y posteriormente en la Universidad central, donde fué muchos años digno decano de la facultad de filosofía y letras; ya, por último, en su calidad de académico, desde que obtuvo esta distinción en 1836 hasta el citado día en que falleció.

Entre otros datos de que hizo mencion el señor Ferrer en comprobación de la pureza y sencillez de costumbres, afabilidad y desinterés del ilustre finado, es notable el de que, hallándose en circunstancias y con categoría y servicios que le permitían aspirar á una alta condecoración, no al menor paso dado por él, sino á la fina y solicita amistad de su biógrafo, debió la de la gran cruz de Isabel la Católica, con que fué justamente agraciado, empleando al efecto el señor Ferrer un medio peregrino: el de pedirla en verso al gobierno.

Oyó la Academia esta Memoria necrológica con satisfacción y con pena; lo primero por ver encomiadas justamente las nobles prendas del difunto; lo segundo porque el recuerdo de ellas hacia mas sensible la pérdida de tan excelente compañero.

El mismo señor Ferrer del Rio obtuvo, interinamente en 7 de noviembre, y en propiedad el 5 de diciembre del año próximo pasado, el cargo de bibliotecario perpétuo que sirvió el finado, y para la plaza de académico de número que dejó vacante fué elegido, en la junta ordinaria de 19 del propio diciembre, el Ilmo. señor don Frutos Saavedra Meneses.

De otra de las plazas de académico vacantes tomó posesión, con las solemnidades que previenen los estatutos, el electo para ella, Excmo. señor don Antonio Cánovas del Castillo, en la sesión pública que celebró la Academia del día 3 de noviembre de 1867. Dió materia á su discurso de recepción, despues de tributar justos elogios al peregrino ingenio y altas prendas del señor duque de Rivas, cuya plaza iba á ocupar, la impugnación de la errónea y estéril doctrina que sujeta la inspiración del poeta y del artista á reglas determinadas, que á lo sumo pueden con mas ó menos acierto aplicarse á las formas.

Examinó las teorías de todos los preceptistas, desde Platon y Aristóteles hasta nuestros días, y declaró, en suma, que á su juicio el criterio de la *belleza* no se halla en las meditaciones de los filósofos, en los llamados códigos del buen gusto, ni en siglos, pueblos ó cultos determinados, sino «en el genio de los hombres que Dios hace inmortales en la tierra y en el emperio,» y que á todas las autoridades debe sobreponerse el dogma de que «el arte, como todo lo que hay de noble en el hombre, no puede bien mostrarse cuando no es libre.»

El señor Valera leyó la contestación que le estaba encomendada, abundando sustancialmente en las ideas que acababa de explanar el señor Cánovas, no sin enumerar los no vulgares títulos que le habian abierto las puertas de la Academia.

La nómina de correspondientes españoles se aumentó en 20 de febrero de este año con el nombramiento de don José Coll y Vehí residente en Barcelona, catedrático de aquel Instituto de segunda enseñanza y autor de varios tratados sobre retórica, literatura y otras materias.

Tambien el número de correspondientes extranjeros se aumentó con dos individuos, el señor don Basilio Alexandrescu Urechia, en Bucharest, y el señor baron Adolfo Federico de Schack, en la capital de Baviera. Del primero, que fué nombrado en 2 de abril, y es director de Instrucción pública en la Rumanía, habia dado ya el señor Monlau los mas brillantes informes, como quien habia tenido ocasion de conocerle y tratarle, y la Academia habia recibido algunas de sus obras, sin otras que el mismo señor Monlau presentó, debidas á la pluma del referido candidato, á quien para esta corporación recomiendo mucho la circunstancia de haberse casado con española; circunstancia que sin duda ha contribuido á la afición con que estudia nuestra lengua y literatura, como lo acredita la disertación que ha publicado sobre *el Quijote*, la traducción de una obra de nuestro teatro contemporáneo y otras producciones. Del ingenio y erudición del baron de Schack, cuya elección tuvo efecto en 8 de junio, son relevantes muestras su *Historia de la literatura y del arte dramático en España*,

y de la *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*.

Consta en el acta de 7 de noviembre de 1867, y digno es mencionarse en este sumario, que restaurado ya en cuanto su mucho deterioro lo permitia, por diligencia del Excmo. señor don Leopoldo Augusto de Cueto, presentó este académico un retrato del distinguido escritor don Vicente Gutierrez de los Rios, miembro que fué tambien de este Instituto, regalado por su correspondiente en Córdoba, señor don Luis Ramirez y de las Casas Deza, al cual se acordó dar expresivas gracias por tan apreciable donación, recibíendolas verbalmente el señor Cueto por este nuevo testimonio de su ilustrado celo.

Con suma satisfacción ha entablado tambien este cuerpo literario relaciones de amigable correspondencia con otro rumano, amante de las letras, el señor Juan German Codru Dragusiánulu, miembro de la asamblea legislativa de Bucharest, el cual tuvo la atención de remitir á la Academia, que mucho le ha agradecido tal acto de deferencia, un ejemplar de su obra escrita en lengua moldo-válaca, con el título de *el Peregrino transilvano*.

Excitó grande interés esta novedad, y á petición de algunos académicos pasó el curioso libro á informe del Ilustrísimo señor don Pedro Felipe Monlau, que contra su buena voluntad, tardó mas tiempo del que pensó en evacuarlo, por la razón que luego se dirá. Una vez presentado este trabajo, pareció tan estimable, que sin perjuicio de considerarle muy digno de figurar en las Memorias de la Academia, se acordó en 5 de marzo último, imprimirle por separado, haciendo de él una corta tirada para los aficionados á esta clase de estudios. Cumplido el acuerdo, no desagradará á los lingüistas que inserte aquí una breve explicación de dicho informe, y aun copie algunos trozos de él.

Encabeza así su luminoso informe el señor Monlau: «Excelentísimo señor: He leído y examinado, ó mejor dicho, estudiado el ejemplar del *Peregrinulu transevanu* que V. E. acordó pasase á mi exámen. Este pase se verificó cerca de tres años ha, circunstancia que pudiera valerme la calificación de moroso en el desempeño de los encargos de la Academia, si no constase á V. E. que una comisión sanitaria oficial me tuvo ausente de esta silla por largos meses. Creo, sin embargo, que nada habrá perdido con tal tardanza mi informe, pues habiéndome ofrecido ocasión de hablar en Constantinopla con algunos moldo-válacos, de visitar luego los Principados Danubianos, y de estudiar algo detenidamente la lengua del país, he podido enterarme mas á mi sabor, y dar á mi trabajo, si no mas interés, alguna mayor extensión.

El libro que lo ha motivado es el tomo primero de una serie de cartas que el autor escribió á un su compatriota comunicándole las impresiones de sus viajes en Europa por los años de 1835 al 1848. Las noticias que de Londres y de París, de Roma y de Milan, de Nápoles y de Génova, de Petersburgo y de Francfort, etc., comunica el viajero transilvano á su amigo, son muy curiosas, y en su estilo resplandecen constantemente las cualidades propias del sencillez, á la par que difícil, género epistolar.

Pero aquí conviene prescindir, hasta cierto punto, del fondo y del estilo, para fijarnos en el lenguaje, que es para nosotros lo mas importante. El libro está escrito en lengua válaca ó daco-romana, lengua parecida en parte á la nuestra, y en parte muy diferente; semejanza ó diferencia muy naturales y propias, atendidas las circunstancias de origen, formación y desarrollo. Permítame la Academia algunas breves explicaciones sobre este punto.

«Con frecuencia han llamado y llaman la atención del mundo político dos vastas y fértiles provincias, situadas al sudeste de Europa, en ambas orillas del Bajo Danubio, conocidas en la historia con el nombre de *Valaquia* y *Moldavia*, reunidas, cuando empecé este informe, bajo el gobierno del príncipe Alejandro Juan Couza, y hoy bajo el de otro príncipe ilustre que há por nombre Carlos Luis de Hohenzollern. Unos cuatro millones y medio de almas cuenta la Moldo-Valaquia, y otros tantos moldo-válacos se hallan esparcidos por Austria, Rusia, Turquía y otros diferentes puntos, formando un total de nueve á diez millones de habitantes, que se dan á sí mismo el nombre de *rumanos* ó *romanos* (*romani*), y hablan un romance *rumánico* (*romano*), que es la lengua oficial, litúrgica y literaria del país. Esta lengua es la llamada comunmente válaca, y su distrito lingüístico comprende, además de la Valaquia y la Moldavia, toda la Transilvania y la Bucovina, gran parte del Banato, algunas comarcas de Hungría y de Besarabia, extendiéndose por la derecha del Danubio hasta las provincias de Tracia, Macedonia y Tesalia. El válaco cuenta varios dialectos, y entre ellos, como principales, el daco-romano, ó del Norte, y el macedo-romano, ó del Sur, que no ha salido del estado de patués ó lengua local, y que consta de muchos mas elementos extraños, principalmente albaneses y griegos.»

Habla en seguida el señor Monlau de la religion, costumbres y origen de aquellos pueblos; prueba la legitimidad de su ascendencia romana, si bien en el romance que allí se formó tuvo escasa parte la lengua de Lacio comparada con la que le cupo al romance castellano y otros neolatinos, y añade lo que sigue:

«La lengua válaca tiene de comun con sus hermanas el modo esencial y natural de formación lexicológica, que consiste en cortar las flexiones y desinencias y en contraer las palabras, ó sea *descolar* y *desbarrigar* los vocablos latinos, segun la pintoresca expresión del filólogo *Reiffenberg*. Así formó el válaco sus sustantivos *bon*,

cap, cristal, foc, gust, lin, ram, etc.; sus adjetivos alb, larg, lung, profund, surd, tot, etc.; sus tiempos de verbo cant, cantam, bat, batem, cred, credend, etc., etc.

El válico tiene los mismos pronombres que los demás romances: io, eu, tu, el, lui, noi, voi, noastre, voastre. Tiene también el socorridísimo ce (que), que escribe con c y pronuncia como el italiano su ce (che).

Otra afinidad del daco-romano con los demás romances es el haber reducido sus conjugaciones á las tres sabidas de are, ere, ire; dar las desinencias ante, ente, udo, ido, á sus participios, y adoptar los auxiliares ser y aver.

Algunas de las partes indeclinables de la oracion están tomadas del latin, como en (con), un (uno), mai (mas), sau (ó seu del latin), poi (post), ieri (heri), adi (hodie), mane (mañana), etc.; pero otras muchas no, como fara (sine), catra (versus), langa (penes), spre (ad in), etc. Nótese sin embargo, que muchas voces válacas que á primera vista parecen no latinas lo son realmente, pero formadas bajo diverso procedimiento, ó por alteraciones distintas de las comunes en los romances de la Europa occidental. Sirvan de ejemplo bine (bien), fora (sin), catu (cuantos), pote (puede, quizás), patru (cuatro), ap'a (agua), etc. Latinos de origen son también, por mas que no lo parezcan, betran (viejo), fartat (compañero), lipse (falta), lume (el mundo), puesto que se formaron de veteranus, foederatus ó frater lapsus y lumen, aunque con el significado algun tanto variado por la subjelividad nacional.

Hasta aquí las semejanzas. Las diferencias son algo mas considerables.

Así el válico tiene artículo, y tomado del ille, illa latino; pero lo declina, y ni lo antepone al nombre, ni lo usa suelto, sino que lo pospone y lo incorpora con él. El libro que nos ocupa, verbigracia, se intitula Peregrinulu transevanu; pues bien, el lu final de Peregrinulu es el artículo post fijo á la manera de las enclíticas en griego y en latin, y Peregrinulu, Peregrinu lu, vale Peregrino el, ó el Peregrino. De ahí el hallarse tantos vocablos acabados en lu, le, lui, como Vesuviu lu (el Vesubio), Vesubiulu (del Vesubio), picturele (las pinturas), ventulu (el viento), ventulu (del viento), etc., y no pocos acabados en a, que es nuestro artículo femenino la, como cale-a (la calle ó camino), misine-a (la mision), punte a (la puente), etc. Los naturales obvian los efectos de la cacofonia que produciria la constante pronunciaci6n llena, haciendo casi siempre mudas la i y la u finales. »

Prosiguiendo su concienzudo análisis, el erudito informante diserta sobre el origen de la declinacion griega y latina, sobre la formacion de los tiempos del verbo en el castellano y demás romances occidentales, comparándola con la del válico, y sobre otros puntos gramaticales; da á conocer la literatura daco-romana, gradualmente desenvuelta, á la par que su lengua y nacionalidad; enumera los escritores que actualmente cultivan con aplauso los diferentes ramos del saber; recomienda la utilidad que han de reportarnos nuestras ya iniciadas relaciones con ellos, y termina su tarea muy meritoria, con la insercion de dos trozos del opúsculo que ha examinado, interlineando con el original válico la traduccion castellana, que de intento ha hecho tan literal como le ha sido posible, á fin de que, sin dejar de comprenderse el texto, ni adulterarle, puedan compararse las semejanzas y las diferencias entre ambos idiomas.

Ha impreso también recientemente esta Academia de dos tomos (VII y VIII) de su Biblioteca selecta de autores españoles, ambos correspondientes á la Coleccion de obras dramáticas de don Pedro Calderon de la Barca, en buen hora confiada á persona tan competente como su digno individuo de número el Excmo. señor don Patricio de la Escosura.

Contiene el primer tomo una extensa y razonada introduccion del colector, á la cual da principio la biografía de aquel insigne ingenio, si no enriquecida con nuevos datos, porque tal materia ha sido ya agotada por anteriores biógrafos, y señaladamente por otro benemérito miembro de esta corporacion, el Excmo. señor don Juan Eugenio Hartzenbusch, amenizada con discretas conjeturas, deducidas de las propias comedias de Calderon.

Traza despues el señor Escosura la historia de los orígenes y progresos del teatro español, sumariamente respecto de los autores que precedieron á Lope de Vega, y con mas detencion al tratar de este asombroso poeta, verdadero fundador de la Talía castellana, y consagra el resto del prólogo á poner de relieve las altas dotes del inmortal autor de la Vida es sueño, que le sucedió muy luego en el dominio de la escena, siéndole solo inferior en fecundidad y lozania, pero aventajándole en la regularidad de los planes, maestría con que los desenvuelve, trascendental filosofía y profundo conocimiento del corazon humano que en gran parte de sus dramas resplandecen. Completan el tomo las dos comedias intituladas la Devocion de la cruz y En esta vida todo es verdad y todo mentira, con el análisis de ambas.

El segundo tomo de Calderon comprende tres comedias, analizadas también por el señor Escosura, á saber: Casa con dos puertas mala es de guardar, la Dama duende y la Vida es sueño.

Consta en el acta de 9 de enero del corriente año que la comision encargada de ordenar una nueva y clásica edicion del Quijote presentó una reseña de sus últimas tareas, redactada y leída por el señor Cutanda. Resulta de ella estar ya terminada la escrupulosa revision y depuracion del texto de la obra que ha de componer el tomo, habiéndose hecho en él muy cerca de cien cor-

recciones importantes, con presencia de varias de las primitivas ediciones, todas muy raras, que generosamente ha facilitado, como suele, el erudito bibliófilo señor don Pascual Gayangos; de la de Bruselas (1617), franquada por la Biblioteca nacional, y también, sin contar otras menos recientes, de las novísimas de Rivadeneira y Gaspar y Roig, y haciendo honorífica mención del gran servicio que han prestado á la comision, las variantes y enmiendas que dejó inéditas el difunto individuo y digno director de este cuerpo literario, don Ramon Cabrera, muchas de las cuales (coincidencia feliz) son idénticas á las que la referida comision habia acordado antes de conocerlas.

La Academia resolvió que, sin perjuicio de que la expresada comision continúe preparando los tomos restantes, se espere á tener toda la obra reunida para imprimirla, á fin de poderlo hacer con la conveniente igualdad, así en la parte literaria como en la material.

Las diferentes comisiones que entienden en otros trabajos propios de este Instituto han continuado y continúan adelantándolos cuanto es posible, y la Academia en cuerpo, no solo ha consagrado la mayor parte de sus sesiones á examinar con la detencion que requieren los ya sometidos á su revision, sino que, para dar vado á los mas urgentes, se ha reunido dos veces á la semana desde el sábado 8 de febrero hasta vacaciones.

Para las del presente año, respecto de algunos tribunales y superiores corporaciones, habia señalado el gobierno los dos meses que han trascurrido desde 15 de julio hasta igual dia de setiembre, y de una orden se autorizó á la Academia para vacar durante el mismo tiempo, en atencion á que varios individuos de ella pertenecen á alguno de los centros mencionados; pero esta casa, de que es usufructuaria, amenazaba ruina; fué preciso principiar á hacer en ella obras de consideracion desde marzo último; pudo la corporacion utilizar provisionalmente para sus sesiones una sala interior; mas, como esta misma necesitaba ya perentoria reparacion, sin estar del todo habilitada la principal, forzoso fué por razon tan poderosa suspender nuestras tareas en 25 de junio para continuarlas el jueves 17 de setiembre.

La marina mercante

CON MOTIVO DEL CORTE DEL ISTMO DE SUEZ.

II.

Hé aquí cómo M. Fontane, en la obra que examinamos, traza rápidamente la historia de las vicisitudes que ha tenido la aplicacion de la marina de vapor á la navegacion:

« Si las apariencias, dice, ese falso criterio, para la generalidad de los hombres, han abogado siempre en favor de la navegacion de vela, la de vapor, por el contrario, ha luchado durante largo tiempo con la impresion desfavorable de los navieros respecto de esos buques que oponen las complicaciones aparentes de la mecánica á las resistencias de los vientos y de las olas. El entendimiento se niega de pronto á admitir que pueda convertirse en una ventaja para el buque la agregacion de una máquina con sus necesidades de combustible, de maquinista y fogoneros. Y aun tal vez ha detenido muchos proyectos de ensayo la consideracion de que el vapor sustituido al viento era un nuevo peligro, atendidos los muchos que amenazan á los navegantes. Nadie ignora la resistencia que la aplicacion del vapor á la industria marítima encontró aun cerca de los hombres mas emprendedores, y entre ellos Napoleon I.

La navegacion de vapor logró entrar en el dominio de los hechos como máquina de guerra, y á pesar de los servicios que prestó continuaron las prevenciones contrarias.

Estas deplorables vacilaciones solo son ya un interés histórico y no entran en el cuadro de nuestro trabajo. El mundo comercial tiene la satisfaccion de ver el fin del periodo de prueba y de alegrarse en vista de los progresos alcanzados.

Las vacilaciones de los navieros se explican. El nuevo elemento estaba completamente fuera de sus conocimientos, no podian apreciar teóricamente ese problema mecánico, y menos aun, puede decirse, darse exacta cuenta de los resultados de su aplicacion. Era absolutamente necesario que una nueva generacion de navieros poseyese al mismo tiempo las nociones complicadas de la navegacion ordinaria y de la ciencia del ingeniero. Mientras se instruía esta generacion, la máquina era y quedaba como un misterio.

Además, no se trataba solo de combinar pequeñas operaciones: era menester elevarse á la altura del progreso realizado y calcular negocios que estuviesen en relacion con la importancia del invento. Se presentaba en este caso el mismo fenómeno que se ofrece en una industria, en la que la aplicacion del vapor multiplica el trabajo de la fuerza humana; esto es, la necesidad de alimentar un obrero todo de hierro, produciendo cien veces mas y reclamando por consiguiente cien veces mas de alimento de primeras materias. Los capitales de los navieros, suficientes para una navegacion limitada, no bastaban para llenar las necesidades de una navegacion al menos diez veces mayor, y el gran principio de asociacion no habia entrado aun en las costumbres del mundo.

Los navieros se abstuvieron primero y quisieron luchar en seguida cuando la navegacion de vapor se desarrolló á su lado. La lucha les condujo á la ruina y la abstencion retardó la hora de la aplicacion del vapor á la navegacion.

Hemos visto en guarismos lo que era y lo que pasa á ser cada dia la navegacion de vela. Otros guarismos van á mostrarnos lo que ha pasado á ser la navegacion de vapor.

En 1840 representaba esta en Francia un total de 9,535 toneladas. En 1860 se elevaba á 68,025 toneladas, lo que le da un aumento de 613 por 100.

Durante el mismo periodo el aumento de la marina de vapor inglesa era de 417 por 100. Esta navegacion figuraba en las estadísticas en 1840 por un total de 87,928 toneladas y se elevaba en 1860 á 454,327 toneladas.

La navegacion de vapor de Austria seguía la misma progresion. En 1839 estaba representada por 2,858 toneladas y en 1859 por 21,338, resultando aumentada en un 637 por 100.

Estos números bastan para probar que al lado de una marina de vela en su mayor periodo de decadencia progresa rápidamente la navegacion de vapor.

Es menester, como lo hemos dicho, para que la navegacion de vapor se apodere definitivamente del movimiento comercial marítimo, que los navieros estuviesen familiarizados con el nuevo motor, la máquina, y sobre todo que la asociacion de capitales permitiese hacer frente á las necesidades de este nuevo medio de transportes.

La Europa ha procedido con lentitud; la educacion del naviero-ingeniero ha sido larga; pero hoy dia es completa. Los capitales han vacilado en asociarse; pero han formado ya el núcleo, y el pasado, por limitado que sea, da la medida de lo que será el porvenir.

En 1819 un primer buque de vapor, el Savannah, osa atravesar el Océano Atlántico. Sale de Nueva York y llega á Londres en veinte y seis dias: esta travesía fué entonces un grande acontecimiento.

Diez y nueve años mas tarde (¡ periodo largo en verdad!) el Sirius inaugura una línea regular de navegacion de vapor entre Inglaterra y los Estados Unidos. En el primer viaje empleó diez y siete dias.

En 1846, esto es, cuarenta y siete años despues del primer ensayo del Savannah, y veinte y ocho años despues de la inauguracion de ese servicio regular entre el antiguo y el nuevo mundo, quince compañías ejecutan 1,126 viajes á través del Océano Atlántico, ó sea 21 buques de vapor por semana, ó tres al dia. Hamburgo no está mas que á trece dias de Nueva York.

Se ve, pues, que si la vacilacion fué grande, el progreso es rápido. Los armadores conocen ya el poder de la mecánica. La fuerza de la asociacion quedó demostrada igualmente, y es también evidente el progreso conseguido en este concepto.

La Compañía inglesa peninsular y oriental, que hace algunos años tenia solo 23 buques, de cabida 35,295 toneladas, posee hoy 31 buques de vapor. Su flota ha recibido en pocos años un aumento de 28 buques que representan una fuerza motriz de 10,190 caballos.

En cuanto á las Mensajerías imperiales de Francia, que en 1852 poseían 16 buques de vapor, cuentan hoy dia 63.

Tal es la flota de las dos principales compañías de vapor europeas.

Es también interesante la relacion del movimiento de los buques de vapor en el Mediterráneo. Los paquetes de trece compañías tocan regularmente en Malta para tomar provisiones, formando un total de 100 vapores, á los cuales deben añadirse los 48 buques de las Mensajerías imperiales que hacen escala en Mesina y juntos forman 148 buques. Considérese el número de viajes anuales que hace cada buque en ese mar relativamente pequeño, y se tendrá una idea de lo que es una navegacion semejante.

Y téngase en cuenta que este movimiento se ha producido en pocos años. Consultando la estadística de los puertos de Marsella, vemos que en 1852 poseía solo 42 vapores, contando en este número los 13 buques postales. En 1864 su número se elevaba á 148, lo que daba por resultado que en doce años habia cuadruplicado allí el número de vapores.

Todos los principales puertos de comercio nos suministrarían datos semejantes, á saber, disminucion de la navegacion de vela y aumento de la de vapor. Sin temor de equivocarnos, podemos decir que en todas partes se sustituye el vapor á la vela. »

Aquí entra M. Fontane á examinar la condicion económica de los buques de vapor con numerosos detalles, de los que resulta que, considerando el número de viajes que hace cada vapor, y por consiguiente la crecida suma anual de fletes sobre los cuales opera aquella máquina de transporte, el capital invertido en la construccion pasa á ser insignificante. Teniendo en cuenta aquella condicion, dice, son incontestables las ventajas de la navegacion de vapor para la amortizacion del capital, gastos de conservacion, seguros marítimos y gastos de tripulacion.

« Pero el empleo del vapor, continúa M. Fontane, que es la causa de la rapidez de la marcha y de las condiciones económicas que acabamos de enumerar, tiene exigencias de consumo que luchan contra estas ventajas. Además del gasto intrínseco del carbon, su transporte por el puesto que ocupa en el buque, es una condicion desfavorable de extrema importancia. La necesidad de aprovisionarse de carbon ha hecho abortar hasta ahora el mayor número de proyectos. Es de toda necesidad que los depósitos de carbon se hallen escalonados

á lo largo de los itinerarios de los buques de vapor. El transporte de estos carbones á los puertos de depósito, aumenta enormemente, según la distancia recorrida, el precio de carbon tomado en la boca de la mina.»

En las verdades que encierra el párrafo precedente, nos parece que se entraña la verdadera solución del importante problema debatido por el autor de la obra que nos ocupa.

Segun sean las condiciones de la distancia que debe recorrer el buque, y por lo mismo la mayor ó menor dificultad en hacer las provisiones de combustible, atendido además el volumen de las mercancías y el valor de los fletes, podrá la marina de vela luchar con mas ó menos ventaja con la de vapor.

Es cierto, según dice el mismo autor, que la ciencia no deja de ocuparse en esta importante cuestión, y que se han hecho grandes progresos, pero no se ha llegado aun á ningun término que pueda llamarse decisivo.

El primer medio consiste en descubrir un sistema que disminuya el consumo de carbon, y el segundo en mejorar la condición de los buques. Algunos hombres eminentes no desesperan de hallar un motor que pueda reemplazar el vapor, por ejemplo, la electrici-

dad, ó bien utilizar el empleo del calor como fuerza mecánica; pero estas esperanzas pueden dejar de realizarse ó diferirse por largos años. Esto no obstante, los ensayos hechos disminuyen cada día los inconvenientes de la navegación de vapor, y al parecer en los buques

mos examinar en otro artículo, así como las demás cuestiones que trata M. Fontane relacionadas con aquella grande obra, en algunas de las cuales España se halla muy directamente interesada.

A. B.

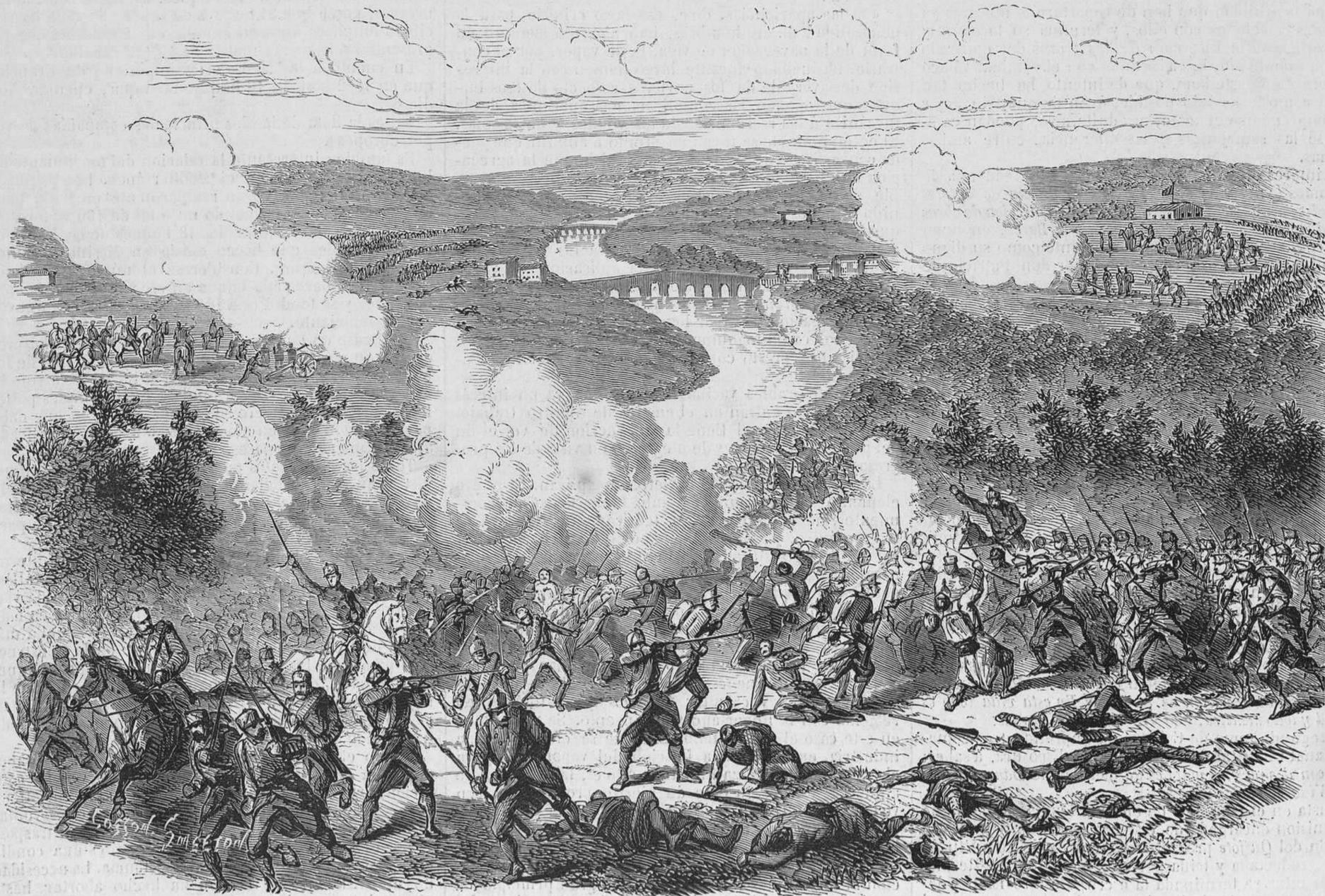
que posee la *Sociedad general de transportes marítimos de vapor* radicada, en Marsella ha conseguido el *desideratum* de esta clase de negocios, que es «organizar transportes muy económicos, aunque perfectamente regulares y suficientemente rápidos.»

Ha sucedido con los buques de vapor lo que con los ferrocarriles, que primero se ha pensado en trenes rápidos para viajeros y luego en trenes económicos para mercancías. A los viajes acelerados y costosos de los vapores de las *Mensajerías Imperiales* y de la *Compañía Peninsular* suceden los ensayos hechos con éxito completo, al parecer, en los buques de la sociedad marsellesa antes indicada, en cuyo perfeccionamiento, si cabe, con los conocimientos actuales, trabajan ingenieros de primera nota en los principales talleres de construcción.

¿Qué influencia va á tener la abertura del canal marítimo de Suez en la especie de lucha emprendida entre las dos marinas? Esto es lo que nos proponemos



SUCESOS DE ESPAÑA. — Manchegos atravesando Despeñaperros para unirse con los insurrectos.



Sucesos de España. — Batalla de Alcolea.

Sucesos

DE ESPAÑA.

No podemos hacer otra cosa que resumir aquí con brevedad las numerosas correspondencias referentes á nuestros dibujos, pues la relación seguida de los sucesos de España corresponde en su parte esencial á la *Parte Política del Correo*. Además observaremos también relativamente á estos dibujos, que en su publicación no podemos seguir un orden cronológico riguroso; los damos á medida que van llegando á nuestras manos, y de lo que respondemos es de su autenticidad y de su completa exactitud.

Así es que volvemos hoy á la batalla de Alcolea en razón á que damos una vista tomada en el mismo campo de la lucha desde la cumbre de las alturas que dominan el valle del Guadalquivir. En el fondo del dibujo se ven los puntos por donde se pasaba á la carretera y al ferro-carril de Córdoba á Sevilla. A la izquierda están las baterías del general Serrano, cuyo cuartel general se distingue por la bandera que ondea sobre la casa en la cual estaba establecido. La acción tiene lugar en primer término en el momento en que los liberales derrotan á las tropas de la reina.

El pintoresco dibujo que figura en la misma página representa unos campesinos manchegos atravesando el desfiladero de Despeñaperros para ir á reunirse con los insurrectos, á tiempo que llovía á torrentes. Este sim-

ple episodio, elegido entre otros mil del mismo género ¿no demuestra que el pueblo ha tomado su parte en la revolución iniciada por la marina y el ejército?

Otro dibujo representa uno de los cuadros de la lucha que tuvo lugar en Santander: la barricada de la encrucijada de los Cuatro Caminos, donde los voluntarios se batieron heroicamente contra las tropas de la reina.

Por último, damos igualmente el panorama del desfile del pueblo de Madrid ante el palacio del Congreso, famosa revista sobre la cual entraremos en algunos pormenores, que extractamos de diversas correspondencias:

Digamos ante todo que esta gran revista fué dispuesta por la Junta revolucionaria de Madrid, que quiso so-

una dinastía que contaba ya mas de siglo y medio de existencia. De tal manera la valiente protesta de nuestros marinos y de los generales que enarbolaron la patriótica bandera de la revolución en aquel pueblo, cuna dos veces ya de nuestras libertades, interpretaba el sentimiento de la dignidad nacional, harta ya de sufrir humillaciones, impaciente por reivindicar el derecho de regirse y de ser respetada en sus leyes fundamentales.

» Una batalla dolorosa porque se ha derramado en ella la sangre de soldados, españoles todos, pero en que al eco del último cañonazo ha sucedido el entusiasta grito de viva la libertad, que ha unido á ambos ejérci-

lemnizar así el glorioso triunfo de la libertad y la unión del pueblo con el ejército.

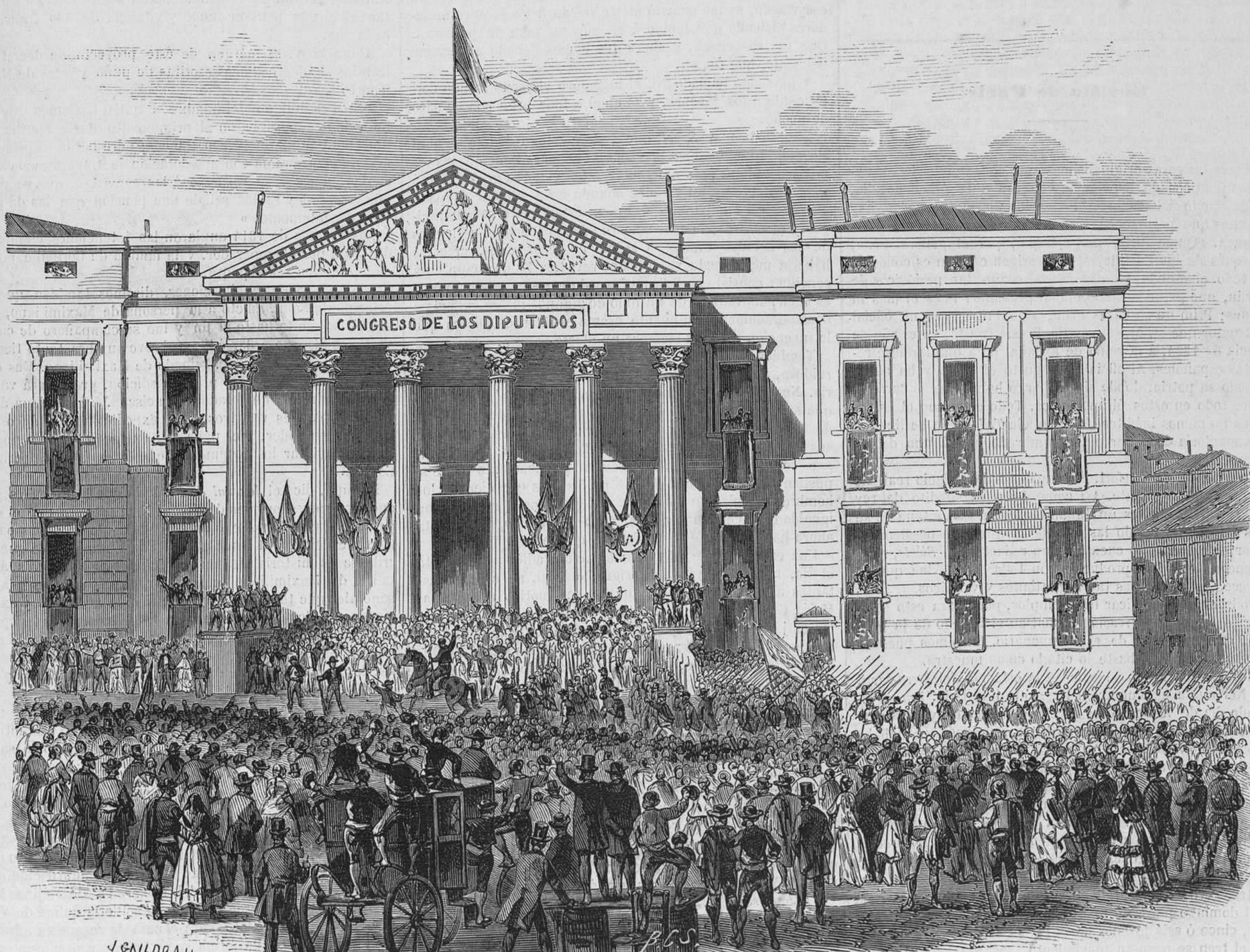
A la hora señalada las tropas de la guarnición y las fuerzas populares ocupaban el sitio que les estaba señalado de antemano, apoyando su cabeza en la fuente de Neptuno.

El general Ros de Olano, capitán general de Madrid, recorrió las filas acompañado del gobernador militar, señor Jovellar, y de otros generales, y concluyó el acto de la revista dirigiendo á las tropas una alocución, de la que tomamos los párrafos siguientes:

« El grito de guerra lanzado en las aguas y en los muros de Cádiz, contra el poder que ha dejado de existir, ha sido repetido casi instantáneamente en toda la península y sus islas adyacentes, y ocho días han bastado para hacer desaparecer del trono



Sucesos de España. — Santander. — La barricada de la encrucijada de los Cuatro Caminos.



Sucesos de España. — Madrid. — Desfile del pueblo armado por delante del palacio del Congreso.

tos combatientes, os señaló el momento de abrir los brazos al pueblo de la capital, á este pueblo siempre heroico, que inflamado en el sentimiento de su amor á la libertad y de su patriotismo, se aprestaba con pesar á la lucha, porque estaba con vosotros, invocando para evitarla vuestros nobles afectos y la conciencia de vuestros deberes nacidos unos y otros del respeto, y encaminados al bien y á la gloria de la patria nuestra madre comun.

» Terminada felizmente nuestra empresa hoy, nos toca celebrar un triunfo, una gloria que ha de ser patrimonio de todos los españoles y que no puede simbolizarse mas que en el fraternal abrazo que confunde con el pueblo vuestras satisfacciones, como se han fundido los comunes esfuerzos, produciendo un comun resultado. La honra de hallarme en estos momentos á vuestra cabeza, me permite ser el primero en daros este ejemplo.»

Inmediatamente despues el general Ros de Olano fué á colocarse al lado de la Junta revolucionaria, que se hallaba en el pórtico del Congreso, y empezaron los discursos que los individuos de la Junta creyeron conveniente dirigir á las masas armadas y desarmadas que rodeaban el Congreso.

El primero que usó de la palabra fué el señor Lopez; á este contestó el general Ros de Olano, y hablaron tambien por último los señores Rivero y Madoz, siendo todos calorosamente aplaudidos á los gritos de ¡viva la soberanía nacional! ¡viva el pueblo y viva el ejército!

Empezando el desfile llevaron la cabeza y el puesto de honor varios cuerpos populares armados; vinieron luego los batallones de cazadores, la infantería del ejército, los ingenieros, la guardia civil, los carabineros, otros muchos cuerpos populares, la artillería del ejército y la caballería que cerraba la marcha. Uno de los batallones de esta guardia nacional improvisada está mandado por Pucheta, el hermano de otro revolucionario célebre que figuró en los acontecimientos de 1834. Nuestro grabado le representa en el momento en que pasa delante de la Junta.

Despues de desfilan todos los cuerpos por delante de la Junta revolucionaria se dirigieron, los del ejército á sus cuarteles y los voluntarios á sus puntos de reunion en los distritos respectivos.

En la mitad del desfile cayó un fuerte aguacero; pero esto no impidió que los cuerpos populares continuasen su marcha con el mismo orden y entusiasmo con que se han presentado en toda la revista, dando incesantes vivas á la soberanía nacional, al ejército y á los generales que han llevado á feliz término tan gloriosa revolucion. E. G.

Revista de Paris.

Entre las cosas originalísimas que con motivo de los sucesos políticos de España, la cuestion á la orden del dia, están dando á luz con profusion los diarios europeos, hay algunas que pertenecen verdaderamente al dominio de la crónica. ¿Quién diria, por ejemplo, que el general Prim, marqués de los Castillejos, cuyo origen catalan es conocido de todo el mundo, resulta ahora, segun los periódicos de Berlin, que es un antiguo oficial prusiano? Pues ni mas ni menos; Prim no se llama Prim, sino Price, y es un oficial instructor que S. M. el rey de Prusia prestó, en el año de gracia de 1834, á la reina de España, para que formase reclutas españoles. Al oficialito le gustó el país, y ha abandonado su patria, donde sin embargo habria hecho carrera, sobre todo en estos últimos años. Todo esto, con otros detalles no menos inéditos, lo cuenta la *Tribuna* de Berlin, que se vanagloria de hallar tan encumbrado hoy á uno de sus compatriotas.

La leyenda de Marfori, el intendente del palacio real, no es menos extravagante. Así como Prim es súbdito del rey de Prusia, Marfori es un italiano, á quien una gitana de su país habia profetizado las grandezas que le esperaban. El autor de este último cuento es un redactor del *Siècle*, y su invencion ha sido reproducida con toda la seriedad que se merecen unos apuntes tan importantes y verídicos.

Podríamos multiplicar los ejemplos, pero para esto seria preciso hacer una invasion formal en el terreno de la política, que no es el de este semanario. Entremos pues en nuestro dominio, y baste lo citado como muestra.

El domingo último se veia en la estacion del ferro-carril del Norte una aglomeracion de gente inusitada. Era el segundo dia de las carreras de otoño en Chantilly, y la concurrencia ordinaria que tienen estas reuniones, se hallaba reforzada con el número ya bastante crecido de parisienses que han regresado de sus expediciones veraniegas. El viaje en ferro-carril cuando hay este gentío, no es por cierto agradable. Los wagones se toman casi por asalto, y luego atestados de viajeros, no ofrecen la comodidad apetecible. En el dia el uso del tabaco es tan general, que ha sido preciso renunciar á los wagones especiales para los fumadores, que antes habia en todos los trenes, y ahora se fuma en todas partes. Pero esto naturalmente no á todos complace.

El domingo pues, en uno de los coches que iban á Chantilly, cinco ó seis jóvenes de la juventud mas dorada, apenas el tren se puso en movimiento, sacaron las petacas y los fósforos, y se disponian á encender sus cigarros, cuando

hé aquí que un viejecito, que silenciosamente habia tomado asiento en medio de aquella juventud alborotada, se levantó como movido por un resorte, y exclamó diciendo:

— ¿Qué va Vd. á hacer?

— Ya lo ve Vd., señor mio, voy á encender el cigarro del viaje.

— ¡Oh! Por Dios, apague Vd. pronto ese fósforo.

— ¿Que apague mi fósforo?

— Sí, señor, y al instante.

— Pero ¿por qué motivo?

— Ya se lo diré á Vd., pero antes apague.

El joven obedeció y esperó las explicaciones del anciano.

— ¿Ve Vd., le dijo este, el saco que llevo á mis piés? Pues sepa Vd. que está lleno de pólvora...

— ¡De pólvora! Ha hecho Vd. muy bien en advertirnos, y le doy las gracias. Señores, añadió dirigiéndose á sus compañeros, no hay cigarros.

— ¡Lo siento tanto! decia el viejecillo; pero ahora tengo que pedir á Vds. un favor, y es que no me delaten.

— ¿Cómo pues?

— Sí, esta pólvora es contrabando, y se la llevo á un hermano mio que es cazador.

Los jóvenes, que se pusieron de muy mal humor porque no podian fumar, lejos de hacer tal promesa, á la primera estacion llamaron á un empleado del ferro-carril y le dijeron:

— Es preciso que el viejecito que está aquí salga del wagon y del tren.

— ¿Por qué motivo?

— Porque lleva consigo un saco de pólvora, y puede ocurrir una gran desgracia.

— ¡Ah! exclamó el empleado mirando al anciano que se sonreia irónicamente; hágame Vd. el favor de apearse, y de prisa.

Nuestro hombre, sin defenderse con una sola palabra, echó pié á tierra, y cuando le dijeron que enseñara el saco, respondió muy sereno:

— Aquí está, vea usted.

Y el empleado, al operar su registro con mucha precaucion, encontró camisas, pañuelos y calzoncillos.

— ¿Y la pólvora?

— No hay tal pólvora, amigo mio.

— En ese caso, ¿por qué decia Vd. que su saco era un polvorin?

— Si Vd. me lo hubiera preguntado desde luego, habria satisfecho su curiosidad. Ha de saber Vd. que á mí el humo del tabaco me incomoda sobremanera, me hace toser, me pone enfermo... No sabiendo cómo librarme del humo en ese wagon, se me ocurrió meter miedo á los jóvenes fumadores diciendo que tenian á los piés un saco de pólvora... Que me dispensen, y ahora que hemos llegado al término del viaje, que fumen.

Y habiendo hablado así, el ingenioso viejecito saludó cortésmente á los jóvenes, y se alejó á toda prisa con su saco de noche.

El periódico el *Sport*, que refiere esta anécdota, ignora sin duda que hay otras invenciones eficaces tambien, y menos asustadizas para ahuyentar á los viajeros que entran á tomar asiento en un wagon, cuando este se halla ocupado ya por algun individuo que quiere estar solo ó con sus amigos. Entre otras, la mas célebre de que tenemos noticia es de los Estados Unidos, y si mal no recordamos, creemos haberla mencionado ya en estas revistas. Es una cosa muy sencilla: consiste en una muñeca de grandes proporciones, es decir, del tamaño de un niño de algunos meses, que gime desesperadamente en cuanto asoma el intruso. Dícese que la invencion produce siempre un efecto seguro.

Tambien hemos hablado aquí de otra cuestion algo mas ruidosa, aunque no siempre puede decirse que es mas seria. Nos referimos al movimiento político-económico-social que se advierte hoy en las mujeres de diferentes naciones de Europa. Mientras en Inglaterra las mujeres reclaman sus derechos electorales, lo cual da márgen á singularísimas comedias, en Francia discuten públicamente sobre si pueden aspirar á varias de las profesiones que ejercen los hombres. Reclaman pues la independencia social, una igualdad de condicion con el sexo masculino, que hasta ahora habia siempre parecido una quimera.

Una entusiasta de esta emancipacion radical, que hasta el dia, apresurémonos á consignarlo aquí, no cuenta bastantes adhesiones para que pueda ser motivo de alarma, María Goegg, acaba de fundar una Asociacion general de las mujeres, con el objeto de « secundar activamente á los hombres en sus esfuerzos para asegurar á los pueblos la libertad, la instruccion, el bienestar y la union fraternal entre sí, al propio tiempo que trabajan en la mejora intelectual y social de la mujer. » Por algo se empieza; poco á poco se irán ensanchando los límites del programa.

Este manifiesto nos llega de Ginebra; pero tenemos otro de Paris que no le va en zaga seguramente. Varias señoras acaban de redactar una declaracion de derechos de la que tomamos los artículos siguientes:

« ¿La mujer es un individuo? ¿Es un ser humano? »

» Si es un individuo (y suponemos que no lo negarán sus mas acérrimos adversarios), ¿cómo sucede que se halle exceptuada de las condiciones reconocidas como indispensables á la dignidad y á la moralidad del ser humano? »

» ¿Cómo se le niega el derecho de disponer de sí, de obrar en su propio nombre, de desarrollarse segun su fuerza y segun sus facultades, cómo se le niega cuando es la condicion misma de la individualidad humana? »

» ¿Por qué se le impone como un deber la obediencia,

la abdicacion de la conciencia y de la razon, que es la primera de las inmoralidades, puesto que puede traerlas todas? »

» ¿Porqué, participando como participa de las cargas sociales en la medida comun, se halla privada de las ventajas sociales? »

» ¿Por qué se la obliga á conformarse con leyes que no ha hecho ni consentido? »

» ¿Por qué se halla excluida del derecho, reconocido á todos, de elegir sus mandatarios? »

» La mujer excluida de las escuelas científicas y normales, se halla reducida generalmente á no recibir ni profesar sino la enseñanza elementaria, exclusion que la convierte en instrumento de una educacion funesta.

» La mujer sufre la monstruosa iniquidad de ver anulados sus derechos de madre ante el poder del padre.

» El derecho de propiedad de la esposa se sacrifica al del esposo.

» El trabajo de la mujer, á valor igual, se paga una mitad menos que el del hombre, y á veces le falta este misero trabajo.

» Finalmente, mantenida por todas partes en la incapacidad, en una dependencia inmoral, malsana, injusta; consagrada, si es rica, á las corrupciones del ocio, y si es pobre, á las de la miseria, la mujer humillada é infeliz, se venga de la sociedad entorpeciendo el progreso y siendo el agente mas activo, aunque menos responsable, de que se rebajen las costumbres.»

La declaracion concluye diciendo que movidas por el sentimiento de su dignidad, las firmantes forman una liga para reclamar sus derechos. No nos descuidaremos en tener á nuestros lectores al corriente de los progresos de la idea.

Entre las publicaciones notables de la semana hemos visto el tomo vigésimoquinto de una obra interesante para la historia de Francia durante el primer Imperio, cual es la que contiene la correspondencia de Napoleón I, que se da á la estampa por orden del actual emperador de los franceses. No mencionariamos aquí esta recopilacion de documentos inéditos en gran parte que interesan como hemos dicho á la historia y á la política, si en medio de ellos no se hallasen algunos que corresponden al dominio de las artes y las letras. Verbigracia, en este tomo, que abraza un periodo del año 1813, tan fecundo en acontecimientos militares, hay una nota relativa á la familia y los herederos de Corneille.

Es un proyecto de decreto en cuya virtud se concedia á la señorita Catalina Corneille, hija de Luis Ambrosio, y á la señorita María Alejandrina Corneille, hija de Juan Bautista Antonio, entrambas descendientes en linea directa de Pedro Corneille, una pension anual y vitalicia de 300 francos á cada una.

Ahora bien, al márgen de este proyecto de decreto se leen las siguientes líneas escritas de puño y letra de Napoleón I:

« Esto es indigno del hombre á quien hariamos rey. Mi intencion es hacer baron al primogénito de la familia con una renta anual de 10,000 francos; haré baron al primogénito de la otra rama con una dotacion de 2,000 francos si no son hermanos. Con respecto á las señoritas, que se averigüe su edad y se las señale una pension que las dé para vivir decentemente. »

Los sucesos de 1814 anularon las intenciones manifestadas aquí por el emperador, y la familia de Corneille no recibió ninguna recompensa.

A propósito de publicaciones, diremos tambien que el príncipe de Salm, adicto á la persona de Maximiliano, que siguió su suerte hasta el fin y fué su compañero de cautiverio, se dispone á dar á luz en breve su obra tanto tiempo há anunciada, acerca del reinado de Maximiliano. Mas esta obra, á lo menos en su primera edicion, presentará vacíos muy grandes. El Emperador Francisco José se niega á remitir los papeles relativos á la expedicion de Méjico que obran en su poder, y el papa se ha negado tambien por su parte á facilitar los documentos que le confió la emperatriz Carlota.

Hé aquí, dice el *Journal de Paris*, lo que ha pasado segun nuestros corresponsales de Viena. Nadie ignora que el emperador Maximiliano legó en su testamento todos sus papeles sin excepcion al príncipe de Salm, encargándole que escribiese la historia de las negociaciones anteriores á la salida de Maximiliano de Miramar, explicando los planes generales que tenia trazados el príncipe austriaco y exponiendo con los documentos á la vista las causas independientes de su voluntad que malograron esos planes. El emperador Maximiliano legó al príncipe de Salm, designándolos, los documentos que dejó en el castillo de Miramar y los que la emperatriz Carlota trajo á Europa.

Además el emperador Maximiliano se expresaba respecto del príncipe de Salm en un tono de la mas íntima amistad y de la mayor confianza. Todo el mundo lo sabe, pero lo que tal vez se ignora es que al publicarse el testamento de Maximiliano se suprimió y se mantuvo secreta la cláusula relativa al príncipe de Salm. En el momento en que se verificó dicha publicacion, el príncipe de Salm estaba como prisionero en poder de Juárez, y hasta su regreso á Europa, y por pura casualidad no supo el encargo que le habia conferido su augusto amigo y la mutilacion que habia sufrido el testamento del emperador de Méjico. Reclamó en seguida y preguntó á la cancillería áulica de Viena si existia ese legado, y para el caso de respuesta afirmativa entabló en debida forma su reclamacion para que se le remitiesen todos los papeles de Maximiliano.

La respuesta definitiva que se le dió fué que el empera-

por Francisco José al mantener reservada una de las cláusulas del testamento del archiduque austriaco su hermano, había hecho uso de sus derechos de jefe de familia y de soberano, y que continuaría usando de esos derechos negándose a entregar los papeles de Maximiliano, depositados primero en Miramar y luego en los archivos de familia de la casa de Lorena.

La respuesta del papa ha sido parecida a la del emperador en la parte a que él se refiere. Este es el estado de las cosas, concluye el citado diario. El príncipe de Salm declara en alta voz que entablará y llevará hasta el fin sus reclamaciones por todas las vías de derecho, y considera como un deber adquirir todos los papeles de Maximiliano y lograr que se cumplan los deseos manifestados por su amigo en los últimos instantes de su vida.

Pasemos ahora a los teatros.

En el del Chatelet se ha puesto en escena un drama en seis actos titulado el *Armero de Santiago*, escrito por monsieur Bouchardy, que ha obtenido un éxito desgraciado, y así es, que sin detenernos a decir nada sobre este infortunado aborto que tiene bien merecida su triste suerte, pasaremos a la Gaité, donde se ha resucitado una producción notable en su género, *Leonardo*, drama en siete actos de MM. Brisebarre y Eugenio Nus.

La idea fundamental del argumento es una persecución de la policía contra un célebre criminal que produce continuas peripecias del mas alto interés. Si a esto se agrega que el drama está cuajado de tipos populares copiados del natural, de escenas y cuadros de costumbres de una verdad fotográfica, y que los diversos personajes corren a cargo de actores que son maestros en el desempeño de obras de esta clase, se comprenderá que la acogida que se acaba de hacer a *Leonardo* no ha sido menos brillante que la que obtuvo en la época de su primera aparición hace seis años en el famoso Teatro Histórico del bulevar del Temple.

Los mismos autores han dado al teatro del Príncipe Imperial otro drama con el título de *la Isla de San Luis*, que está muy lejos de poderse comparar con *Leonardo*. De tiempo en tiempo se ven en los teatros de Paris estos melodramas horripilantes que están condenados ya, no diremos por el buen gusto literario, sino por el instintivo criterio de las masas. En este a que nos referimos se han apurado y concentrado los horrores hasta producir un cuadro repugnante: una joven seducida por el hijo de un banquero; un casamiento forzoso; un envenenamiento en el que perece la joven recién casada; una venganza ejercida por el padre de la víctima y que acaba con el seductor y con su padre, tales son los elementos de esta monstruosa fábula. El público se vengó también, pero fué de los autores, y desearíamos en verdad que la lección les aprovechara.

Concluiremos con una noticia que interesa a nuestros lectores habaneros. Los periódicos de Madrid anuncian la salida para la Habana del fecundo autor de tantas aplaudidas zarzuelas, y empresario del gran teatro de Tacon, señor Gaztambide, y añaden que su llegada a aquella ciudad coincidirá con la de su compañía de zarzuela que trabajará en dicho teatro en el próximo invierno. Deseamos a nuestro antiguo y distinguido amigo señor Gaztambide un feliz éxito en esta empresa para la que, según nuestras noticias particulares, no ha omitido nada de cuanto puede contribuir a hacerla digna del ilustrado público americano.

MARIANO URRABIETA.

Definiciones de lo bello.

La unidad y la sencillez, dice Vinckelmann, son las dos fuentes verdaderas de la belleza. La belleza suprema reside en Dios.

— Mengs reside lo bello de este modo: una perfección visible, imágen perfecta de la perfección suprema.

— Lo bello es un destello del resplandor celeste, pero se descompone en mil colores y tintas, cuando pasa a través del prisma de la imaginación de los pueblos de diferentes zonas. (Esta explicación es de Tieck y de Wackenvoder.)

— Según Burke, lo bello es la calidad ó calidades de los cuerpos que producen el amor ó una pasión semejante.

— El alma, dice de un modo singular el holandés Hemsterhuis, juzga como lo mas bello aquello de que puede formarse una idea en el mas corto espacio de tiempo.

— El padre Andrés dice en su ensayo, que lo bello, sea lo que quiera, tiene siempre el orden por fundamento y por esencia la unidad.

— Mendelssohn dice que la esencia de lo bello es la unidad en la variedad.

— Marmontel distingue tres calidades esenciales en lo bello, que son la fuerza, la riqueza y la inteligencia.

— El arte es la lengua de lo bello, dice Tropicier. Lo bello en el arte procede absoluta y únicamente del pensamiento humano, sin otra traba que la de manifestarse por medio de la representación de objetos naturales.

— Lo bello es el esplendor de la verdad, ha dicho admirablemente Platon.

— No debe buscarse lo bello, dice el mismo filósofo en el diálogo del primer Hipias, en nada de particular ni de relativo. Pueden parecer bellos este ó el otro ob-

jeto, pero no lo son por sí mismos, existiendo mas allá de las cosas individuales un bello absoluto.

— M. Cousin, al comentar ese diálogo, desarrolla de este modo el pensamiento de Platon: «La idea de lo bello es lo único que hace bellas las cosas: la belleza no está en un arreglo convenido de las partes ó en un acuerdo determinado entre las formas, porque dejando aparte todo arreglo, siendo bella por sí cada parte ó forma de una composición, lo es también cambiándose la disposición general. La belleza se declara por la imposibilidad en que nos hallamos de no encontrarla tal, es decir, por no sentir la idea de lo bello que se encuentra.»

— Lo bello en su esencia absoluta es Dios, y no pertenece al orden sensible sino al orden espiritual: no varía en su naturaleza propia, pero sí se halla sometido en sus manifestaciones a las influencias exteriores. La incertidumbre de los fallos nace con las ilusiones de los sentidos. Lo bello se halla impregnado de los hábitos individuales y nacionales, de las preocupaciones del tiempo y del lugar. Los artistas deben procurar incessantemente remontar hacia lo bello absoluto cuando quieran dar a sus obras una belleza que no sea facticia, y si no echan una mirada al cielo cuando pintan las afecciones morales ó las escenas de la vida física, vale tanto como si renunciaran a conquistar una gloria duradera. Dos cosas son necesarias a toda obra literaria y artística, fidelidad y talento en el uso de los materiales que suministra el mundo sensible, y principios generales y absolutos tomados del orden metafísico que penetren y sostengan por todas partes el edificio, y cuya acción invisible se deje sentir como siente un ferviente cristiano la secreta presencia de su Dios bajo las bóvedas de piedra de una iglesia.

Entrada en Madrid

DE LOS GENERALES SERRANO Y PRIM.

Con pocos días de intervalo han hecho su entrada en la capital de España los generales Serrano y Prim, y las dos veces el pueblo madrileño ha hecho a los jefes del movimiento revolucionario una ovación solemne. El 4 de octubre llegó Serrano, duque de la Torre, acompañado de varios voluntarios que le han seguido desde Cádiz y tomado parte en la gloriosa acción de Alcolea.

Le acompañaban también sus ayudantes, comandante Mantilla, señores Luanco, Moreno (don Francisco) y Hedijer, tenientes de navío los tres últimos, y Pelaez teniente de infantería.

Formaban asimismo parte del numeroso séquito que con él ha venido desde Córdoba, los señores Sagasta, Lopez Ayala y Navarro Rodrigo (don Antonio), que fué herido en un brazo de un casco de granada que mató a varios soldados y a dos caballos.

El general había salido de Aranjuez a la una y media, y allí ha sido objeto durante toda la mañana de las mas entusiastas demostraciones, lo mismo que al salir, puesto que han cubierto de flores el camino de la estación.

En la de Madrid esperaba una multitud inmensa, hasta el punto de no poder dar un paso, y la Junta revolucionaria y gran número de carruajes. El séquito se puso en marcha, precedido de las banderas que han figurado en la formación de los voluntarios de la libertad.

Seguían las tripulaciones de infantería de marina, de los buques de Cádiz. Iba en pos, a caballo, el duque de la Torre, que ha sido aclamado por todo el tránsito con un entusiasmo indescriptible que rayaba en delirio.

Seguían los generales Serrano Bedoya, Lopez Dominguez, y otros muchos, y detrás la escolta de guardia civil y caballería que le ha servido en el campamento y acompañado desde Andalucía.

Iban detrás los coches del Congreso, que ocupaban los individuos de la Junta revolucionaria y algunos de los compañeros y ayudantes del duque de la Torre. Otros muchos coches llenos de hombres políticos y periodistas seguían a los primeros, y algunos de ellos los ocupaban extranjeros residentes en Madrid.

Detrás de uno de los coches del Congreso iban cantando los himnos de Riego y de Garibaldi muchos individuos de la colonia italiana residentes en Madrid, entre ellos Tamberlick y otros artistas del teatro de la Opera.

Apenas llegó el general a la Puerta del Sol, subió al balcón principal del antiguo ministerio de la Gobernación, y dirigió con voz pausada y majestuosa una arenga al pueblo fijando su atención en lo trascendental del gran paso revolucionario dado, aconsejando la firmeza y la unión para consolidar el triunfo de la revolución, y excitando a guardar la mas completa concordia en la victoria para no malograr sus frutos.

Manifestó que en estos momentos, debe ser uno solo el objeto de la aspiración de todos, la salvación del país y la duración de la obra revolucionaria, para lo cual cree indispensable comprender bien su esencia que considere asentada sobre la base del sufragio universal y en la transformación completa del orden económico de la sociedad. La economía de la revolución, dijo, implica la tendencia a destruir el pauperismo y la miseria y a enriquecer las fuentes del trabajo para dar fin del proletariado; terminó dando vivas a la libertad, a la soberanía nacional, al pueblo, al ejército y la marina; y vivas que fueron contestados por la innumerable multitud que apenas podía contener la extensa explanada de la Puer-

ta del Sol y las anchas embocaduras de sus calles afluentes.

Terminada su arenga, la colonia italiana estuvo desde la calle largo rato cantando y victoreando, y desde un coche el actor Ernesto Rossi pronunció también un ardoroso discurso, en que se ocupó de los fraternales lazos que deben unir a la Italia, su patria, y a España.

Apareció en seguida en el balcón el benemérito liberal don Práxedes Mateo Sagasta, y casi vertiendo lágrimas de emoción habló al pueblo, saludándole al regresar de una dilatada y penosa ausencia. Aconsejó la entereza y la unión, y su entusiasta discurso fué repetidamente interrumpido por los vivas de la multitud.

También habló después el señor Sorní, aludiendo a la fraternidad que existe entre España é Italia.

El 7 hizo su entrada en Madrid el general Prim: He aquí algunos detalles de esta entrada triunfal que extractamos de *la Correspondencia*:

Desde las diez y media de la mañana una numerosa concurrencia se dirigía a la estación de Atocha, la cual se hallaba lujosamente adornada con colgaduras, gallardetes y trofeos militares.

A las once una comisión de los empleados del ferrocarril del Mediodía salió en un tren express para Guadalajara con objeto de esperar al marqués de los Castillejos y acompañarle hasta Madrid.

Serían las doce cuando empezaron a bajar comisiones de todas las juntas revolucionarias de distrito, la de los estudiantes de todas carreras, la de los italianos, franceses, suizos, ingleses y alemanes residentes en esta capital, la sociedad *Centro-musical* con la banda de ingenieros y su cuerpo de coros, y los artistas del teatro de la Opera con una orquesta y todos los coristas del dicho coliseo, que no han dejado de tocar y cantar himnos y canciones patrióticas, entusiasmando hasta tal punto al inmenso gentío, que ébrio de alegría no cesaba de prorumpir en atronadores vivas y aplausos.

En la sala de descanso, que estaba perfectamente decorada, esperaban al ilustre viajero los generales Caballero de Rodas, Nouvillas, Vega de Armijo una comisión de la Junta central revolucionaria y otros muchos hombres públicos que no es posible pudiéramos retener en la memoria.

En el andén daban la guardia una sección de marinos, una compañía de voluntarios de la libertad, la cual se componía de los penados por las ocurrencias del 22 de junio de 1866, y a la puerta de la sala de descanso los empleados de la compañía que llevaban en el brazo una escarapela con cintas encarnadas y corbatas del mismo color.

A las tres menos diez, la estación de Vallecas anunciaba a la central que el tren en que venía el ilustre patricio que con tanta ansiedad era esperado, acababa de salir para esta capital. La noticia cundió con la velocidad del rayo entre el inmenso público, el cual se puso en completo movimiento viéndose en todos los semblantes la impaciencia que les devoraba.

A las tres en punto, hacia su entrada el tren revestido de coronas, gallardetes, banderas y pabellones y un gran número de viajeros que victoreaban con frenesí al bravo y distinguido militar que acompañaban.

Describir el cuadro de vida y animación que ofrecía aquella entrevista, sería de todo punto imposible; las músicas, los coros y el pueblo con sus vivas aclamaciones formaban un conjunto verdaderamente admirable.

Cuando el caudillo en cuyo honor se hacía tan patriótica y espontánea manifestación, puso el pié en tierra, muchos se precipitaron sobre él, abrazándole unos y otros apretándole las manos al mismo tiempo que le ofrecían ricas y vistosas coronas en gran número, entre las que llamaron la atención la de la comisión de la Junta revolucionaria, la de los italianos y franceses.

El general Prim, que vestía de militar, no subió al coche del Congreso que le estaba preparado, porque hubiera sido imposible dar un paso, por lo que montó en un caballo, que también marchaba difícilmente por medio de las muchas personas que se agrupaban.

Al llegar la comitiva a la puerta de Atocha, donde se levantaba un modesto monumento en que se veía un busto del consecuente liberal don Pedro Calvo Asensio y los retratos del duque de la Torre y del general á quien se festejaba, hizo una pequeña parada, en donde varias personas quisieron hablar, pero que no fué posible, porque los estrepitosos aplausos lo hacían imposible, siguiendo de esta manera por delante del Botánico hasta la fuente de Neptuno.

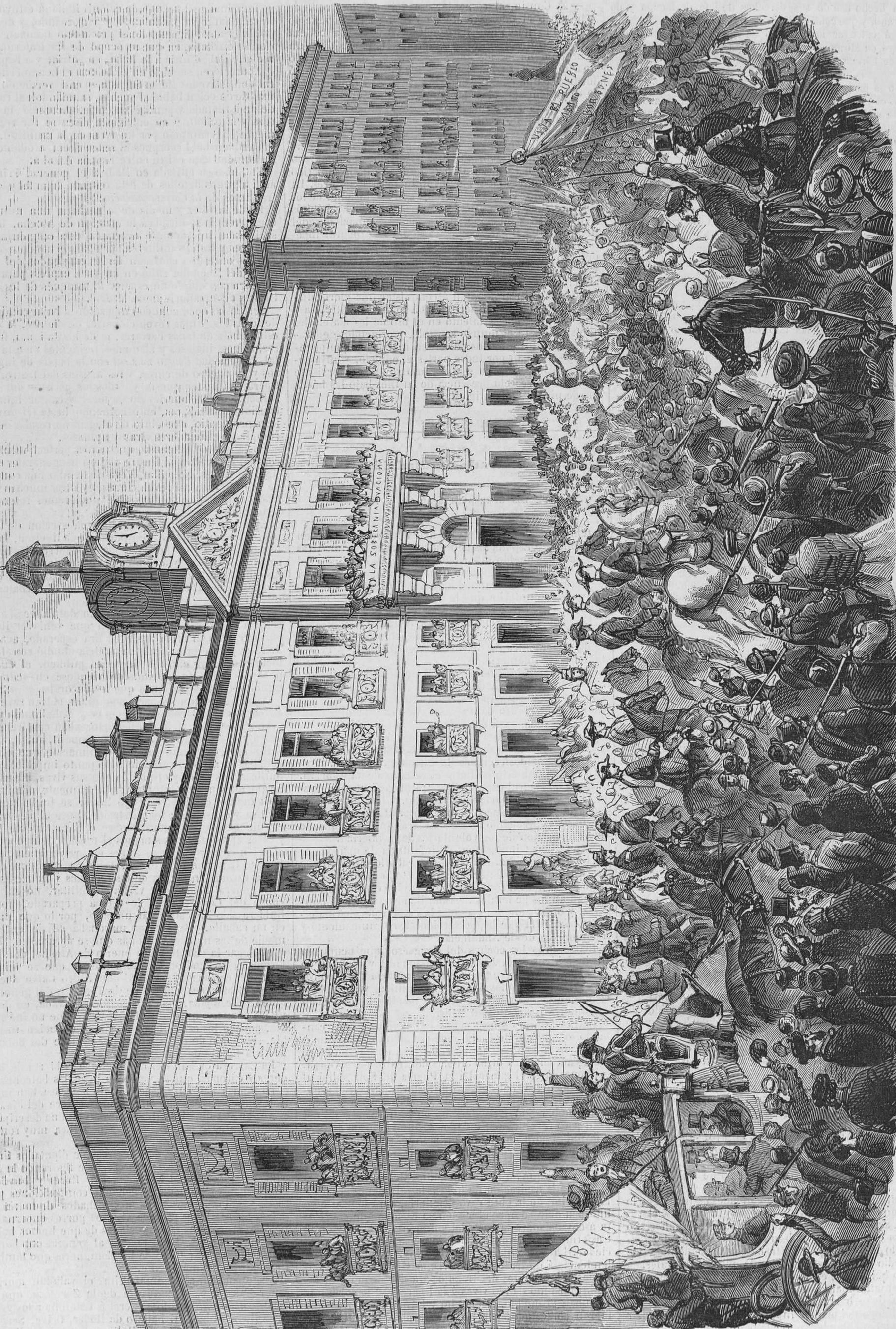
La Carrera de San Gerónimo estaba cubierta de banderas y coronas, que se veían en todos los balcones.

La Puerta del Sol y las calles afluentes estaban materialmente cuajadas de gente desde las doce del día.

Aunque es difícil establecer orden en una descripción de esta clase, trataremos de dar una idea muy somera del cortejo.

Precedían un coche del Congreso de diptados tirado por dos briosos caballos, un carruaje figurando la fragata *Villa de Madrid* adornada con flores y banderas donde iban varias personas echando composiciones poéticas. Seguían varios pelotones armados de marinos y detrás los catalanes con sus vistosos gorros encarnados. Después iban todas las comisiones de que hemos hablado y que habían salido a esperar al general con banderas, coronas y el cuadro de los Comuneros que también llevaban procesionalmente.

Acompañaban al general Prim, el valiente marino, señor Malcampo, comandante de la *Zaragoza*, que ha acompañado también al general á Cataluña; los generales Ros de Olano, Caballero de Rodas, Orive, Serrano Bedoya, Nouvillas y Gomez Pulido, varios brigadieres y



Sucesos de España. — Entrada del general Serrano en Madrid.

coroneles de ejército y sus ayudantes de campo.

Acompañaban también al general los emigrados señores Terrones, Posada, Ortega, Bañares, Romero Quiñones, Barbachano, Forero, Ayuso, Guichot, Garcés, Moreno, Jurada y otros.

Seguía un numeroso cuerpo de ayudantes de todos los generales y algunos jefes de las fuerzas populares.

Detrás del numeroso estado mayor que llevaba el general, iban muchos grupos armados, y entre ellos uno que se hallaba formado por los deportados del 3 de enero, y otro por los artilleros del 22 de junio.

El grupo, ó mejor dicho, batallón numeroso del comercio de Madrid, llevaba un estandarte con crespones negros y una riquísima corona de siemprevivas. El estandarte ostentaba el glorioso nombre de Béjar.

En otra bandera habían fijado los lemas de *Reforma arancelaria, Libertad de comercio*. También era espléndida la corona que acompañaba á esta bandera.

Un grupo que llamaba también la atención era el de vendedores de periódicos, compuesto en gran parte de jóvenes. Lucían una bonita bandera con cintas en que se leían los títulos de los periódicos.

El batallón del barrio de Segovia llevaba un gran cuadro en que se veían los bustos de Serrano, Prim y Topete, en un lienzo sostenido por dos hombres del pueblo vestidos de aragonés y catalán.

Desde la fuente de Neptuno se dirigió la comitiva por el Prado en dirección de la calle de Alcalá, parándose de trecho en trecho detenida por la multitud. La mayor parte del público la esperaba por la Carrera de San Gerónimo, y se notó cierta agitación en las masas al tratar de dirigirse por las calles transversales á la de Alcalá. La variación de la carrera fué producida por el inmenso gentío que impidió á la comitiva torcer en la fuente de Neptuno.

En el Prado, donde se hallaban formadas á un lado las tropas de la guarnición, y al otro las fuerzas de los voluntarios de la libertad, hizo una parada la comitiva. El general, que vestía el uniforme de campaña que



Don Pascual Madoz, gobernador civil de Madrid.

usaba cuando era director general de ingenieros, victoreó á la libertad, á la soberanía nacional, á Serrano y á Topete.

Desde el Prado se dirigió la comitiva por la calle de Alcalá hasta la Puerta del Sol para dar la vuelta á la Carrera de San Gerónimo.

Desde el Casino echaron cuatro magníficas coronas de laurel, roble y espigas de oro, con grandes cintas de los colores nacionales, en que se leía: ¡Viva el pueblo! ¡viva el ejército! ¡viva la marina! ¡viva Prim!

También desde el café de Madrid echaron gran número de coronas y tres mas notables que simbolizaban las campañas de Méjico, Africa y sulevación del 3 de enero.

Desde el comercio del señor Marquerie se repartieron con profusión poesías patrióticas, debidas algunas de ellas á la pluma de don Manuel del Palacio y otros conocidos escritores.

Desde otro balcon de la Carrera de San Gerónimo arrojaron multitud de tarjetas de moaré con la inscripción de «¡Gloria á Topete y á su marina! ¡Viva el ejército!—F. S.»

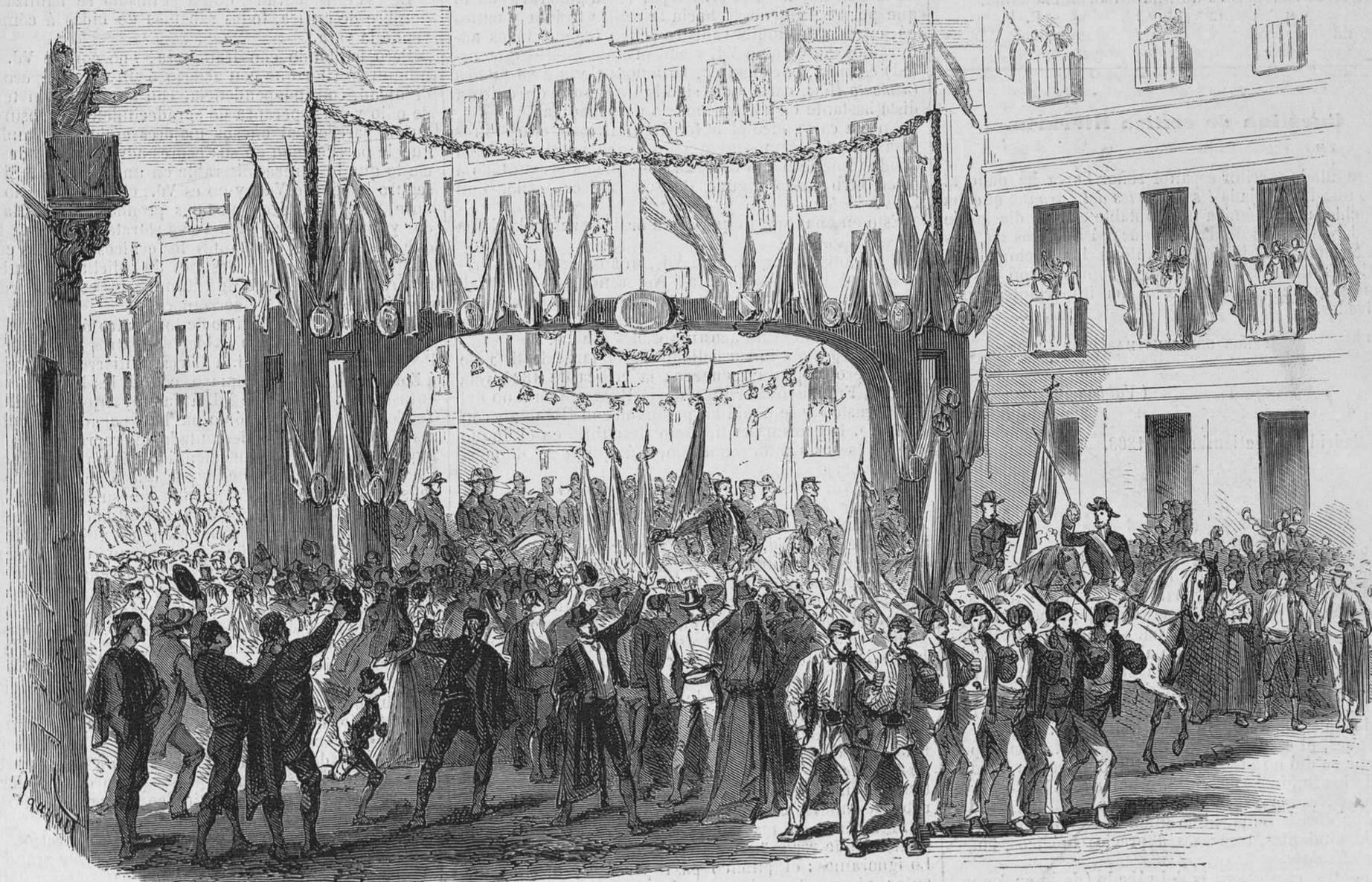
La señora viuda de Romero presentó al general Prim en la Carrera de San Gerónimo una magnífica corona.

En el vestíbulo del Congreso esperaban los señores Figuerola, Cámara, Sorní, Sierra y Gonzalez. El general Prim entró empujado por la multitud y cuando salió quiso hablar, pero no pudo. Era tal la afluencia de gente y tantos y tan atronadores los aplausos y vivas, que fué imposible hacer entender al público que el general deseaba hablar.

Volvió, pues, el general á montar á caballo, y se dirigió de nuevo hácia la Puerta del Sol. En el palacio nacional, que ocupa la Junta revolucionaria, ó sea en el ministerio de la Gobernación, esperaban los individuos de la Junta, señores Madoz, Rivero, García Lopez y otros, los generales Serrano, Iriarte, Messina, O'Donnell, Schmidt y algun otro, los señores Lopez de Ayala, Carrascon, Navarro y otros muchos que no es posible enumerar.

En el balcon del Principal, colocado junto al duque de la Torre á quien abrazó con la mayor efusion, dirigió el general Prim breves, pero sentidas frases, que le brotaban del fondo del alma.

No pudimos oírle bien; pero comprendimos algunas de sus frases en que concitaba al pueblo á la union para consolidar el triunfo de la libertad ya conquistada para mucho tiempo.



Sucesos de España. — Entrada del general Prim en Madrid.

Declaró que el triunfo que solemnizamos se debe á la marina y al ejército, que secundó el grito alzado en Cádiz.

Manifestó asimismo que estaba completamente de acuerdo con el general Serrano, y concluyó dando entusiastas vivas á la libertad, á la marina, á la soberanía nacional, el ejército y el pueblo. Este, en tanto, continuaba invadiendo la Puerta del Sol, sin que apenas dejara paso á las fuerzas ciudadanas que iban desfilando.

En seguida se dirigió el general al hotel de Paris, cuyo piso principal estaba, según anunciamos, convenientemente preparado y dispuesta la comida para cuarenta cubiertos. La escalera se hallaba adornada con grandes macetas en que había vistosas flores artificiales. La multitud quedaba aun agrupada y victoreando debajo de los balcones, á la hora avanzada en que nos retiramos; la guardia de honor la daban dos individuos de cada distrito de voluntarios y varios sargentos emigrados.

L. C.

Don Pascual Madoz,

GOBERNADOR DE MADRID.

Don Pascual Madoz, cuyo retrato damos por ser uno de los hombres que han figurado desde el primer momento en el movimiento de Madrid, y que hoy desempeña el cargo de gobernador, se ha contado desde su juventud en las filas del partido liberal de España. En 1835 ocupó el puesto de gobernador del valle de Aran, donde á la cabeza de un batallón de voluntarios, tuvo en jaque á las bandas carlistas por espacio de año y medio.

Elegido diputado en 1836 por la provincia de Lérida, representaba esta misma provincia cuando estalló la revolución de 1854. Nombrado gobernador de la provincia de Barcelona en ocasión en que los efectos de una violenta crisis manufacturera se complicaban con los de la epidemia colérica, demostró en tan arduas funciones un valor, una energía y una ciencia de organización tan notables, que la ciudad le otorgó una corona cívica en testimonio de admiración y gratitud.

Presidente de las Cortes poco tiempo despues, el señor Madoz fué llamado en 1855 al ministerio de Hacienda, y en su tiempo se dió la ley de desamortización, en cuya virtud se decretaba la venta de los bienes del Estado, de los propios y del clero. Despues de los sucesos de 1856, el señor Madoz, que se habia resistido á las medidas tomadas por O'Donnell, debió refugiarse en el extranjero.

En todo el curso de su larga carrera, el señor Madoz no ha cesado de dar ejemplo de una rectitud, una pureza y una rigidez de principios comparables solo con su talento administrativo. Así es que el nuevo ministerio le ha confiado el gobierno de Madrid, que en las actuales circunstancias es de una importancia suma.

P. P.

Cuestion de crítica literaria.

El reputado escritor español señor Larra ha dado al teatro una loa titulada *los Misterios del Parnaso*, que ha producido una polémica muy notable en los diarios de Madrid, y deseosos de dar á conocer á nuestros lectores estos escritos que importan tanto á los aficionados á cuestiones literarias, insertamos á continuación los siguientes, que elegimos entre los mas importantes de los publicados.

SEÑOR DON LUIS MARÍA DE LARRA.

(Valdemoro.)

Madrid 6 de setiembre de 1868.

I.

Muy señor mio: Dicen que á muertos y á idos no hay amigos; pero en Vd. y en mí ha de sufrir excepcion esta regla, como se lo probará la presente carta, supuesto que á título de *amigo* se la dirijo, á pesar de tenerlo por *ido* mucho tiempo há. — Para las ocasiones es la amistad, y ya que Vd. en algun tiempo me ofreció espontánea y generosamente la suya, que yo ni por sueños habia pensado solicitar, hoy que se presenta la ocasion, he de corresponderle con la mia, dándole noticia de un asunto que sin duda le interesa.

Es, pues, el caso, señor don Luis, que el sábado por la noche se dió en el teatro del Circo la segunda funcion de los Bufos. La primera se habia verificado pocos dias antes, *coram populo*, en la plaza del Rey, donde, según publica la fama, hubo mientes como puños, puños como mientes, trancazos á precios módicos, bofetada *gratis data*.

En la otra, esto es, en la del sábado (de lo cual pue-

do y quiero hablar), se estrenó una quisicosa cómico-lirico-pantorrillada, titulada *los Misterios del Parnaso*, misterios en su mayor parte incomprendibles para mí, que, en materia de misterios soy tan torpe como otros en materia de literatura — y pèrdone Vd. el modo de señalar. Verdad es tambien que si fueran comprensibles no serian misterios.

Dos cosas, sin embargo, entendí ó creí entender, y para colmo de penas ambas me parecen falsas — lo cual viene á dejarme poco mas ó menos tan medrado como si nada hubiera entendido. Fué la primera, una letanía de calificativos mas ó menos bufos, dirigidos contra la crítica y los criticos contemporáneos. La segunda fué su nombre de Vd., mas ó menos bufamente impreso en los carteles de hoy, para hacernos creer que la obra es parto de su ingenio, digámoslo así.

Repito, señor don Luis, que ambas cosas me parecen falsas, por no decir calumniosas: sobre todo la segunda; pues si bien la zarzuela es mala, y en tal concepto muy bien pudiera ser de Vd., por otra parte no parece escrita en Valdemoro, aunque sí cerca de él, hácia la parte de Pinto, ó como si dijéramos, entre Pinto y Valdemoro.

Además de esta razon geográfico-bufa, tengo otras de igual peso para sostener mi opinion.

En primer lugar, la tal bufonada contiene cosas que, si escritas por otro no pasarían de simplezas veniales, escritas por Vd. frisarían en capitales torpezas.

Usted, aunque pecador, no es un primerizo de estos que, recién salidos de la Universidad, no conocen la gravedad de ciertas palabras, y muchas veces dan á entender lo contrario de lo que quisieron decir. Nada de eso; Vd. es ya viejo en el oficio, como que, si no me engaño, por estas yerbas debe haber cumplido diez y siete años de escritor — permítame Vd. la frase. — Ya ve Vd. que no sigo las huellas de su señor padre en aquella respetable costumbre de despreciar por oscuros y no conocidos á cuantos disientan de su parecer. No, señor; yo principio reconociendo que si algo hay oscuro en Vd., no es por cierto el nombre. Confieso, muy al contrario, que es Vd. escritor conocido, y tanto, que todos, desde el primero hasta el último, le conocemos á fondo, sin que vaya Vd. á tomar esta afirmacion por alarde de vanidad, pues así como digo lo uno digo lo otro: para calar hasta su fondo no se há menester aliento de buzo.

Sentado, pues, que es Vd. un hombre de práctica, fuerza es suponer que, mal ó bien, con sintáxis ó sin ella, sabe dar á entender lo que desea; y así es en efecto; en sus obras se entiende, ó por lo menos, se adivina lo que quiere Vd. decir cuando quiere decir algo. Por consiguiente, si fuera usted autor de *los Misterios*, habria necesidad de suponer que, cuando en ellos se tacha de parcial, de dura y de grosera á la crítica contemporánea en general, habia Vd. querido efectivamente tachar á la crítica contemporánea en general de grosera, de parcial y de dura. Y esto, amigo don Luis, tendria dos inconvenientes, de los cuales no es el mayor la falsedad de tal juicio.

El mayor, para Vd. á lo menos, seria la comparacion de lo que hoy hace la crítica por regla general, con lo que por regla general hacia la crítica treinta y tantos há, cuando un hombre ilustre (cuyo ingenio todos admiramos tanto como Vd. y con mas desinterés que usted) escribía, por ejemplo, la famosa *Carta á un tal don Clemente Diaz*, carta que, siendo un tesoro de chistes, dista bastante de ser un modelo de urbanidad.

En esa carta dice el autor á su víctima, entre otras cosas: «¿Apostamos algo á que sabe vuestra merced dónde tiene la mano derecha?» — ¿Le ha preguntado á usted otro tanto alguno de sus criticos, señor don Luis?

Esto en cuanto á lo que el autor de la zarzuela llama grosería.

En cuanto á dureza, oiga Vd., una observacion dirigida... ¿á algun racionalista? No, señor; á don Juan Lombía en persona: «Hay actores á quienes parece que estorban los guantes; cualquiera tendria tentaciones de deducir que no están acostumbrados á ellos.»

Con respecto á imparcialidad, seria larga la lista de citas; pero baste un recuerdo: la crítica de 1834 veia en don Francisco Martinez de la Rosa «el órgano del buen gusto» y le ponía en parangon con Horacio y con Voltaire. Esa misma critica solo descubria en el duque de Rivas un «autor conocido», á quien se dignaba «apreciar.»

¿Sabe Vd. de algun crítico que tenga hoy la frescura de llamar á García Gutierrez «conocido escritor» ó «apreciable poeta?»

No interprete Vd. mal estos recuerdos, ni crea que por conocer las humanas flaquezas, admiro menos al gran satírico que de ellas no estaba exento. Nada de eso, amigo: su señor padre es á mis ojos un verdadero millonario de ideas y un espléndido derrochador de ingenio: esto último no necesito decirselo á Vd., que harto lo habrá notado al recoger su herencia intelectual.

Por lo demás, los bufos de entonces solian tambien dar voces contra el aguijon de la crítica — y pèrdone usted la metáfora. Si alguien pudiera dudar, no habria mas que abrir obras del mismo Figaro, el cual, despues de deplorar el lastimoso estado del teatro en su tiempo, añadia: «Diga Vd. esto, sin embargo, y verá usted levantarse en contra de la crítica autores, actores y traductores en masa.» Y proseguía: «En realidad, ¿quién tiene razon? ¿De parte de quién está el público? Lo ignoramos: el público pasa por todo, ni silba un autor, ni un actor, ni una traduccion: ¡es posible que

haya teatros en semejante apatía, con tan lastimosa indiferencia! No. Si ha de seguirse nuestra opinion, ciérrense los teatros, porque no hay reforma ni mejora posible donde no hay por parte de nadie amor al arte.»

Ya sabe Vd., señor Larra, si son antiguas las protestas de los bufos contra la crítica, y las diatribas de la crítica con los bufos. La única diferencia que se advierte entre las de entonces y las de ahora, es asunto de temperamento en unos y de gusto en otros. Hoy la crítica repite con menos bilis, con menos saña, con menos violencia, con menos declamacion lo que Figaro decia, y los bufos por su parte repiten con mas descaro, con mas grosería y con menos delicadeza, lo que los enemigos del Figaro ladraban.

Yo de mí sé decir que no apruebo nunca los anatemas lanzados así en globo contra todo un género literario, y si conserva Vd. aun la mala costumbre de leer mis artículos, habrá visto que lejos de atacar á los bufos, los he defendido mas de una vez y mas de dos. Para mí no hay género malo: hay solo autores malos y buenos, como buenos y malos criticos. Shakespeare escribió *la Noche de los reyes*, que es una farsa, y Calderon se burló de sí mismo en *Céfalo y Pocris*, que es una bufonada. — Despues de tales ejemplos, ¿podria yo condenar los bufos *en masa* (como diria su señor padre de usted?)

Pero aun puedo aprobar menos que se condene en globo á la crítica contemporánea llamándola *parcial*, *dura*, *grosera*, y, sobre todo, venal. Porque aun no he dicho á Vd., señor Larra, el mayor *misterio* de los revelados por los bufos. Sepalo Vd. y santigüese: los que han hablado mal de los bufos lo han hecho porque Arderius *les ha negado dinero*, y naturalmente, los que hemos seguido el camino opuesto, lo habremos hecho por opuesto motivo.

Yo bien sé que en este mundo no es oro todo lo que reluce; yo sé que anualmente aparece media docena de criticos, cada uno de los cuales escribe una, dos y así sucesivamente hasta tres ó cuatro revistas de teatros con el exclusivo fin de sacar á las empresas, no dinero (que eso fuera mucho pedir), sino billetes de favor, para ocupar gratis una localidad ó visitar gratis á una *suripanta*. Con esa mira principia el flamante crítico declarando en su primer artículo, que hasta su advenimiento no se ha conocido en España la imparcialidad, y que él viene á darnos ejemplo de tan saludable virtud. Sobre todo, tiene buen cuidado de hablar de su conciencia, y de prometer que descubrirá misterios de bastidores; porque eso siempre es mas sencillo que sentar teorías de arte. Si no agarra el anzuelo (y generalmente no agarra), lia los bártulos y se vuelve á casa con la caña al hombro y el cenacho vacío.

J'en vois marcher tête levée,

Qui n'iroient pas ainsi, j'ose vous l'assurer,

Si sur le bout du nez tache pouvoit montrer

Que telle chose est arrivée.

De esa chismografía, que á sí misma se bautiza con nombre de crítica, todos sabemos de oidas á cómo se vende la vara.

Pero hablando con franqueza, ¿no conoce Vd. hoy ningun escritor que con acierto ó sin acierto, pero con dignidad, con independencia, con buena fé, sin temor de odio y sin esperanza de agradecimientos, censure lo que le parece mal en sus mejores amigos, aplauda lo que le parece bien en sus peores adversarios, y desprecie lo que le parece miserable en unos y otros? Sí; de seguro lo conoce Vd., y no es Vd., el único que lo conoce, ni es el único que tales prendas reúne. Mas de dos y mas de tres pueden verse retratados en este bosquejo, si bien no son tantos los criticos decentes como los poetas hueros que despues de solicitar su amistad recurren al expediente de calumniarlos cuando renuncian á la esperanza de corromperlos.

Yo soy en todo el último de los cuatro ó seis que hoy tenemos por ocupacion hablar de teatros y de autores. Pues bien; pregunte Vd. á García Gutierrez, á Breton, á Zorrilla, á Ayala, á Tamayo, cuánto les ha costado mi entusiasmo; interroge Vd. á Valero, Arjona, Matilde y Teodora para saber á cómo me han pagado los aplausos y á cómo me han descontado las representaciones; inquiera Vd. por qué he defendido alguna vez á Manuel Catalina antes de tratarle, y por qué alguna vez lo he censurado despues de honrarme con su amistad; busque Vd. entre las cuentas de Julian Romea qué sueldo me tenia señalado por ponerlo en las nubes desde mi primer folletín; averigüe Vd. en premio de qué servicio agravió me rio de las de Zumel. Pero ¿para qué ha de cansarse buscando á tanta gente, cuando sin salir de su casa puede salir de dudas? Pregúntese Vd. á sí mismo qué favores ó qué ofensas me ha hecho para decirle en distintas ocasiones que varias de sus comedias están regularmente compuestas, y que todas, sin excepcion, están bárbaramente escritas.

En el mismo caso que yo están respecto á ese punto mis amigos Saco, Bremon, Flores, Nombela y Sanchez Perez, quien dejo para el último, porque con recordar la ocasion que me proporcionó el gusto de conocerlo, comprenderá Vd. que la crítica contemporánea no ha sido siempre dura, y mucho menos con usted.

No es posible que haya olvidado aquella ocasion un hombre como Vd., cuya memoria debe de ser grande á juzgar por el espacio que le queda para desarrollarse sin molestia de vecino. — Por eso recordará Vd. entre

otras cosas, que entonces fué cuando alguien, tomando caritativamente la parte mas sana de cierta obra y pasando de corrida sobre sus numerosos defectos, llamó vulgo á una parte del público que por inmoral la rechazaba, — y no al público en general, como afirma el trastornado autor de *los Misterios*, valiéndose de una figura retórica que entre personas bien educadas se llama suposición gratuita, y consiste en decir lo que no es verdad.

Por todas estas razones y otras que me dejo en el tintero, creo firmemente que *los Misterios del Parnaso* no son obras de esas manos, — sin que, por otra parte, pueda ponerse en duda su competencia para escribir eso y mucho mas.

Nada: el atribuírselos á Vd., ha sido una broma pesada de Arderius, quizá en venganza de otras no mas ligeras que usted le ha dado, y le dará todavía con sus obras. — Por consiguiente, créame Vd., y deje la responsabilidad de juicios tan temerarios al buen don Francisco, el cual, para suponer en el corazon humano esa afición al dinero ajeno, tendrá, sin duda, razones, que á muchos parecerán de pié de banco, y á él, quizá, por llevar la contraria, solo le parecerán de talon.

Usted entre tanto créame y rechace la paternidad que quieren colgarle, en lo cual á lo menos obrará como prudente; porque si al cabo de la jornada saliéramos con que *los Misterios* son efectivamente obra suya, nada tendría de particular que alguno menos sencillo, menos inocente y menos amigo suyo que yo, le diese una zorra literaria con los huesos de su señor padre, tan á deshonra desenterrados por el pobre autor de esa pobre zarzuela.

Excuso decirle que si tal sucediera, lo sentiria en el alma su atento S. S. Q. B. S. M. — FEDERICO BALART.

II.

SEÑOR DON FEDERICO BALART.

Muy señor mio y estimado enemigo: Nunca creí que la crítica moderada tuviera la poca habilidad de probar tan pronto al público la razon que me asistia al calificar sus juicios de parciales, duros y groseros. Suponia yo que así como hay poetas buenos y malos (y ya me contaba yo entre los últimos antes de que Vd. me lo dijera), habria tambien críticos malos y buenos; y así como Vd. cree que es solo de poetas hueros el quejarse de las injusticias de la crítica, así dejaba yo para los *criticastro*s el enojo, la ira y el encono, pasiones indignas de quien como Vd. y algun otro ejercen la difícil misión de guiar al ingenio por la senda del buen gusto, con rectitud, talento y buena fe.

Lejos estaba de mí la idea de que habia de verme en el caso de contestar á los *críticos sensatos*, puesto que de ellos nada se hablaba en mi revista, y no lo hubiera hecho tampoco, á pesar de mi equivocación, si no hubiera creído notar en la carta de Vd. y en otras revistas críticas, ciertas amenazas mas ó menos embozadas, que ningún hombre decente, sea cualquiera su *barbarie literaria*, debe ni puede tolerar sin menoscabo de su propia honra.

Hecha esta aclaracion, paso á contestar á su privada carta, tan fiado en la razon que me asiste, que á pesar de que estará como todas mis obras sin excepcion *barbaramente escrita*, será por Vd. sábiamente leída.

La primera prueba que me da Vd. de que la crítica moderna no es grosera, es decirme que *los Misterios del Parnaso*, parecen escritos entre *Pinto y Valdemoro*; chiste de buen gusto, con el cual viene Vd. á llamarme poco menos que *borracho*. — *Los Misterios del Parnaso*, quisicosa *pantorrilluda* (calificación de Vd., que prueba por segunda vez su buen gusto), no están escritos, aunque lo parezca, entre *Pinto y Valdemoro*, sino en *Valdemoro* solamente, donde tiene Vd. una casa á su disposición, construida con el producto de mi constante y honrado trabajo, ó mejor dicho, con los aplausos que el público ha tributado á mis *barbaras obras* en los diez y siete años que de escritor he cumplido, como usted dice ingeniosa y *cultamente*, por estas yerbas.

Dice Vd. en su carta que quiere tratarme como amigo, ya que yo le ofrecí mi amistad cuando Vd. no soñaba en solicitarla siquiera. Efecto sin duda de mi escasísimo talento, pláceme tratar á todos los que poseen don tau inestimable; y como yo he admirado el suyo desde que lei su primer juicio crítico, y no suelo variar de opinion, segun me conviene, como los críticos modernos, por eso solicité su amistad y me he honrado con ella, si Vd. me la ha concedido, háyame tratado con dureza ó haya creído ver en alguna obra mia menos defectos que algun otro crítico.

No fué mi ánimo, como Vd. asegura aventuradamente, por no decir otra cosa, corromper á Vd. y despreciarle despues por no haber conseguido mi objeto. Se puede ser mal poeta y amigo leal á un tiempo, y yo lo he probado siendo consecuentemente amigo de don Juan de la Rosa Gonzalez, que, durante los diez y siete años de mis yerbas literarias, me ha tratado, segun le parecia, ya con extremada dureza, ya con benévolos consejos, ya con entusiastas elogios. Jamás me he quejado de sus juicios, ni de los de Vd., ni de los de nadie, siempre que como es justo, se me hayan guardado las decentes consideraciones que en sociedad deben guardarse los hombres unos á otros.

Para probarme Vd. que la crítica moderna no es parcial, dura ni grosera, habla y cita al ilustre Figaro. Usted permitirá que no conteste á esta parte de su car-

ta, ni al *culto y elegante* párrafo con que la termina. Puede Vd. llamarme *escritor sin ingenio*, puede calificarme de *barbaro*, puede tenerme por *borracho*; no quiero que me tenga por mal hijo; y ya que Vd. en una cuestion de actualidad, que nada tiene que ver con sus ilustres y desgraciadas cenizas, las revuelve para escupírmelas al rostro, yo las recojo con respeto, y despues de besarlas las encierro en mi corazon, ya que ni en el sepulcro están seguras de las manos profanas que han venido á sacarlas.

Dado caso, como Vd. afirma, que en el año 34 la crítica fuera dura, parcial y grosera, eso no probaria nunca que la de hoy dejaba de serlo. Cuando se tiene talento como Vd., no viene mal un poco de lógica.

¿Es ó no la crítica moderna (con poquitas excepciones, puesto que ni Vd. quiere ser siquiera una de ellas) parcial, dura y grosera? Esta es la cuestion.

Como Vd. tiene menos años que yo, señor don Federico, no es extraño ignore mucho de lo que yo sé en este asunto; y así, para probarle mi aserto, le recordaré las calificaciones que un crítico del *Clamor Público* hizo del ilustre Hartzbusch, á propósito de su drama *la Ley de raza*: la polémica sostenida el año pasado entre dos periódicos satíricos, porque uno de ellos habia llamado al director del otro *feo*, lo cual no deja de ser un crimen literario; las cartas cultas que no hace mucho mediaron entre el crítico del periódico y el señor Nuñez de Arce. Pero si no lee Vd. todos los periódicos, le recordaré una bellísima redondilla de uno de ellos, en la que hace menos de un mes se decia, hablando del señor Selgas:

« Está visto que la ciencia
La ha bebido en un pilon. »

Le citaré la siguiente parodia de una fábula conocidísima dirigida á un amigo suyo:

« Dijo el público á Blasco
Despues de olerlo:
Tu cabeza es hermosa,
Pero sin seso;
Como este hay varios,
Que aunque *parecen hombres*
Solo son Blascos. »

Le diré que hoy mismo leo en un periódico, hablando de una fraccion política, un párrafo que concluye diciendo:

« ...Entre los *neos*, el que mas *rebuzna* es el que sabe mas. »

Le hablaré de la *grosera calumnia* con que hace tiempo se me obsequia en periódicos políticos y literarios, afirmando que yo he formado una sociedad en comandita con otros dos ó tres escritores para dar abasto á los teatros y arreglar en provecho comun las tarifas provinciales. Calumnia que podrán desmentir mis administradores en su última parte, supuesto que mis *barbaras obras* son las que devengan derechos mas altos en todos los teatros de España (prueba de que las empresas no las hacen representar, ni el público las aplaude por baratas), y calumnia que he sufrido en silencio en su parte primera por no rebajarme á contestar á su infame aseveracion.

Por no hacer esta relacion interminable, no le hablaré de las mil ocasiones en que personajes políticos, literatos, artistas, y hasta *mujeres*, han tenido que recurrir á los tribunales para defender su honra y su vida privada, ultrajadas por críticos y gacetilleros.

Si yo fuera tan cruel como la crítica moderna, le daría á Vd. detalles de varios casos en que críticos de talento han tenido que recurrir á su valor material para cubrir sus excesos literarios.

¿Es todo esto, y muchísimo mas que todos sabemos, cierto y positivo? Pues si críticos y gacetilleros están como los demás hombres sujetos á las debilidades humanas, ¿dónde han adquirido el especial privilegio de que no puedan juzgarse en público las suyas? Todas las clases de la sociedad toleran que se hable de sus vicios ó de sus faltas en el teatro, porque en todas hay hombres de talento que exclaman: « Ese médico inepto, ese escribano venal, ese militar estúpido, ese banquero estafador, no soy yo. »

No hace muchos años que, representándose una zarzuela de un crítico conocido, varios militares quisieron prohibir su representacion, por creer que en ella se ofendia á la *clase*, y casi todos los periódicos defendieron entonces la libertad del escritor. ¿Por qué lo que entonces era bueno para los militares, no lo es hoy para los críticos? Si hartos ya de criticar á todas las clases sociales ha habido periódicos que se han visto denunciados por hablar del *Ser Supremo*, ¿cómo se me niega á mí el derecho de censurar á la crítica y la sátira modernas?

Usted dice en su carta lo siguiente:

« Yo bien sé que en este mundo no es oro todo lo que reluce: yo sé que anualmente aparece media docena de críticos, cada uno de los cuales escribe una, dos y así sucesivamente hasta tres ó cuatro revistas de teatros con el exclusivo fin de sacar á las empresas, no dinero (que eso fuera mucho pedir), sino billetes de favor, para ocupar gratis una localidad ó visitar gratis una *suripanta*. Con esa mira principia el flamante crítico declarando en su primer artículo, que hasta su advenimiento no se ha conocido en España la imparcialidad, y que él viene

á darnos ejemplo de tan saludable virtud. Sobre todo, tiene buen cuidado de hablar de su conciencia, y de prometer que descubrirá misterios de bastidores, porque eso siempre es mas sencillo que sentar teorías de arte. Si no agarra el anzuelo (y generalmente no agarra), lia los bártulos y se vuelve á casa con la caña al hombro y el cenacho vacío.

J'en vois marcher tête levée,
Qui n'iroient pas ainsi, j'ose vous l'assurer,
Si sur le bout du nez tache pouvoit montrer
Que telle chose est arrivée.

» De esa chismografía, que á sí misma se bautiza con nombre de crítica, todos sabemos de oídas á cómo se vende la vara »

Pues bien, señor don Federico; contra esos he tenido yo la audacia de esgrimir mi bárbara pluma. Si Vd., si sus amigos y compañeros los señores que cita en su carta, no han hecho jamás nada de lo que yo censuro, claro es que contra Vds. no he dicho nada. Si Vds. no son venales, ni injustos, ni parciales, ni duros, ni groseros, ¿cómo he podido ofenderles?

Me pregunta Vd. si no conozco á ningún crítico decente. Ya lo creo que los conozco, aunque como usted mismo confiesa, *no son tantos*. Vd. mismo me lo ha parecido siempre, y por eso solicité su amistad, para apreciar de cerca, lo que ya admiraba de lejos.

No necesito preguntar á Zorrilla, García Gutierrez ni otros autores lo que Vd. es, porque ya lo sé yo como ellos: pero si preguntara á alguno, de ellos su opinion respecto á la crítica en general, me respondería Zorrilla en una loa representada, no en los *Bufos*, sino en el teatro del Príncipe el año 1840, lo siguiente:

« Yo te conozco, quién eres
Sé bien, y de mí ocultar
No puedes lo que tu envidia
Dicta á tu lengua infernal.

Crítica, tú eres un monstruo
Solo de envidia capaz,
Tu lengua mana veneno
Y en hieles bañada está.

Pero no puedes los bordes
De los sepulcros pasar,
Y aquí no tienes oídos
Para tu canto mordaz.

Aparta, pobre sirena,
Que has olvidado el cantar;
Huye, hermosura caduca,
Que has perdido tu beldad.

Tú tienes torpes las manos,
Y las alas con que vas
Volando, tan solo pueden
Tu cuerpo vil remontar.

Aparta, lince sin ojos,
Que lo que no puedes ya
Ciega entender por tí misma,
Lo tienes que preguntar.

Aparta, cuervo engreído
Que pavoreándote vas
Con las plumas que recoges
En pos de la garza real. »

(Se continuará.)

El terremoto del Perú.

La América y la Europa se encuentran todavía bajo la impresion de terror que ha producido la noticia del terremoto que acaba de pasar como un cataclismo sobre el Perú. Esta espantosa catástrofe se contará en el número de las mayores de la historia, pues en efecto ha habido pocas de la misma especie que hayan dejado recuerdos tan dolorosos. En algunos instantes el Perú ha perdido diez poblaciones, treinta mil habitantes y un valor de mas de mil millones de francos.

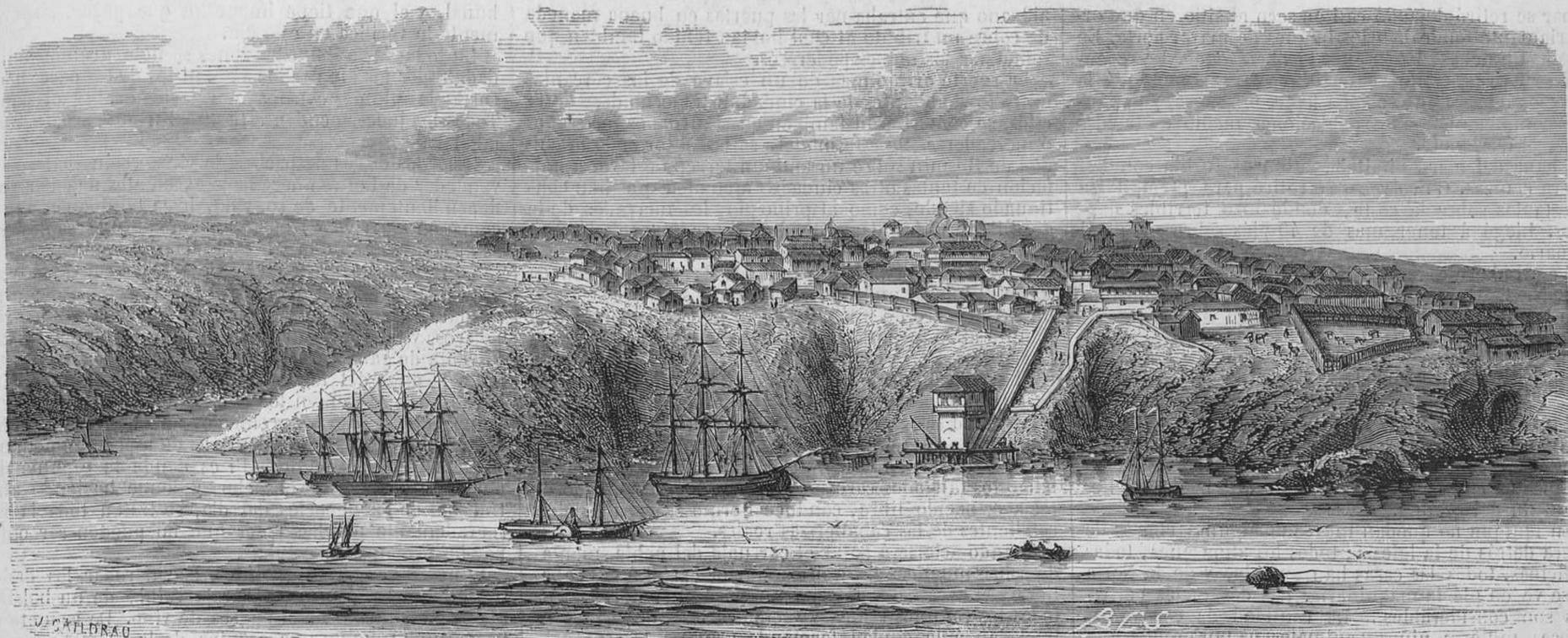
Nosotros esperábamos los documentos y dibujos que no podian menos de llegarnos, antes de ofrecer á los lectores algunas de las escenas de este horrible siniestro. Con efecto, hoy tenemos en nuestro poder la correspondencia de un testigo ocular, mejor dicho, de una víctima del azote, M. J. Noel Charton, mas antes de extractarla vamos á resumir los hechos generales y mas notables ocurridos en los puntos donde se ha sentido el terremoto.

El primer temblor tuvo efecto el 13 de agosto á las cinco y algunos minutos de la tarde, y duró hasta el 16 con intermitencias: el primer sacudimiento duró en



Cosson-Suetchin

El terremoto del Perú. — Sumersion de Arica.



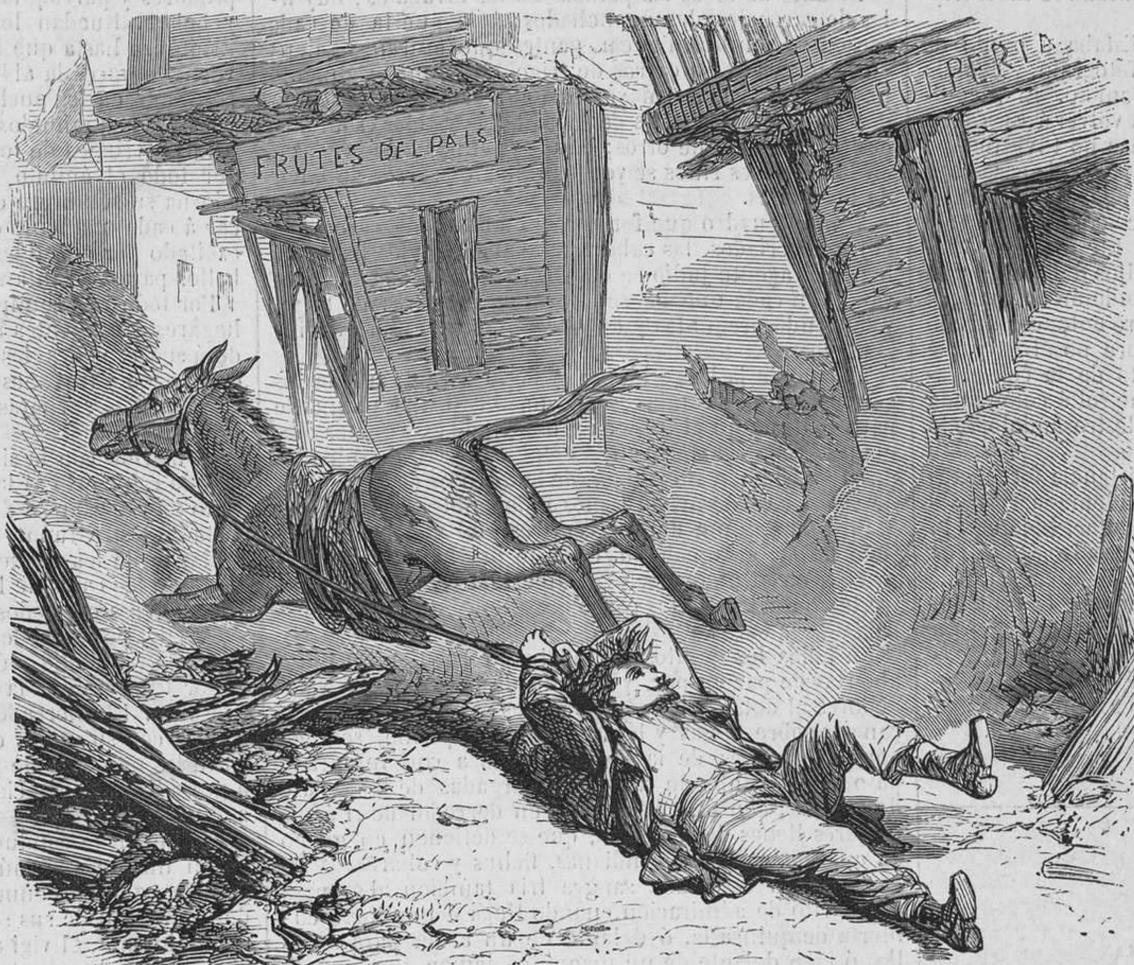
El terremoto del Perú. — Vista general de Islay antes de la catástrofe.

Arequipa y en Arica cerca de ocho minutos y era tan violento que la gente apenas podía mantenerse en pie. La corriente de las oscilaciones iba del Sur al Norte en una longitud de 12 grados y una latitud de 25, de Mejillones en Bolivia, hasta Ibarra y Acunga en el Ecuador.

A las primeras oscilaciones el suelo se abrió en muchos puntos, y de las grietas brotó agua, principalmente en Ilo, donde se elevó en un chorro perpendicular a una altura de muchos metros. Todos los ríos y fuentes de las comarcas sometidas a la influencia del cataclismo salieron de madre casi instantáneamente; pero el agua tenía un color extraño, parecía sangre. Después del temblor las fuentes se secaron hasta el punto que los desdichados habitantes carecen de agua.

Los rails del ferro-carril de Tacna á Arica saltaban en los aires como cediendo á un poderoso impulso subterráneo. Este ferro-carril ha quedado destruido en gran parte.

En el Callao el barómetro y el termómetro no sufrieron variación alguna



Una escena del terremoto en Iquique.

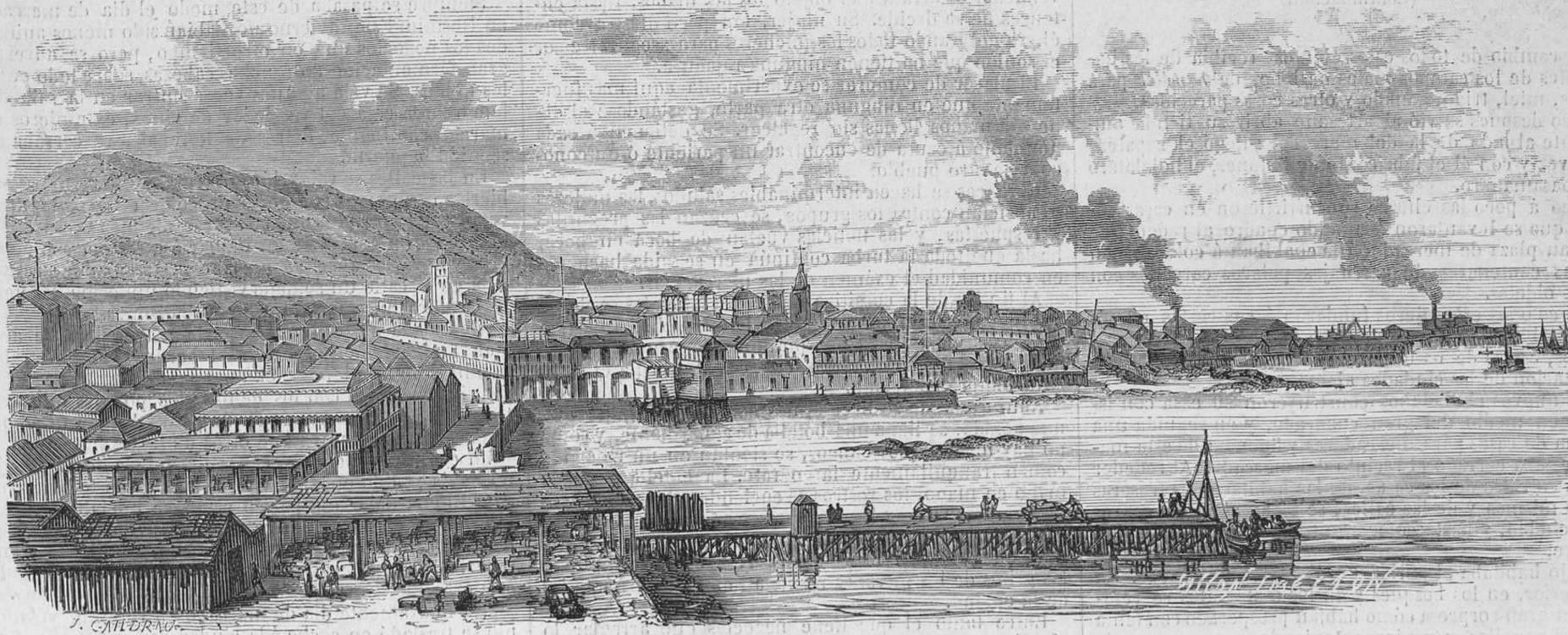
ni antes ni durante el siniestro.

Cuando ocurrieron el 13 los primeros sacudimientos la atmósfera se oscureció tanto que no se podía distinguir nada á una distancia de seis metros.

En Tacna se vió el 13 á las ocho de la noche una claridad repentina de una grande intensidad y que duró cerca de un minuto, luz que desapareció y apareció otra vez con la misma duracion, aunque con menos intensidad. Asomó por el noroeste de Tacna. No se sabia si era efecto de una luz eléctrica ó de la erupcion de un volcan.

El mar ofreció caracteres extraños : con los primeros sacudimientos del dia 13 tomó el aspecto del agua hirviendo, y se hallaba removida en todas partes por torbellinos menudos. Luego se produjo una terrible corriente del Norte al Sur en la costa de Arica, y con tal violencia que rompió las anclas de los buques y los arrebató en su vertiginosa carrera.

Veinte y cinco minutos después esta corriente cambió de dirección, y con igual violencia se precipitó del Sur al Norte. Entonces



Vista general de Iquique antes del terremoto.

el mar se retiró dejando casi en seco el sitio en que ordinariamente fondeaban los buques de mayor porte. En las islas Chinchas, los buques tocaban fondo. De repente el mar se precipitó sobre la costa, arrojando á la tierra los buques que sacudía hacia una hora, y tragándose completamente las poblaciones medio destruidas ya por el terremoto.

El agua del mar se hallaba entonces turbia como si tuviera cenizas. Cinco veces se retiró para precipitarse otras tantas sobre la costa, donde hizo terribles destrozos. Llegó á tener mas de 40 piés sobre su nivel ordinario.

Hé aquí ahora algunos párrafos de la correspondencia de M. N. Charton, autor de los dibujos que publicamos sobre los hechos á que se refiere:

«Iquique 20 de agosto de 1868.

» Iquique y casi todas las poblaciones de la costa del Perú han quedado destruidas en la noche del 13 de este mes á consecuencia de un terremoto. La conmoción duró mas de cinco minutos; creímos que habíamos llegado al fin del mundo.

» En Iquique no quedan mas que algunas chozas de madera detrás de la iglesia; todos los almacenes, todas las oficinas, todas las casas han sufrido, y de la Noria solo se ve en pie la maquinaria. Las desgracias personales son considerables... La cantidad de cadáveres, hombres, mujeres, niños y animales, es tan grande que despues del hambre tenemos que temer la peste. Nos falta completamente el agua dulce.

» Mientras nos envían buques con víveres, aquí se matan los hombres unos á otros para alimentarse y robarse. El horror de esta última calamidad es indescriptible.

» Yo me he salvado por milagro. Estaba á punto de dejar Iquique con mis utensilios de fotógrafo, y cuando salí para comer sobrevino el terremoto. El sacudimiento fué tan fuerte, que creí debía volver á casa para ver si salvaba algo de mis efectos, pero no tuve tiempo mas que para tomar mi maleta y escapar, y la casa cayó detrás de mí. Los gritos, el estrépito de los edificios que se hundían, las nubes de polvo que cegaban, todo esto formaba un espectáculo horroroso. En mi loca carrera ví á una pobre mujer con dos hijos debajo de una viga que pedían misericordia. Olvidándome del peligro quise socorrer á estos desdichados, pero entonces mismo lo restante de la casa se hundió sobre nosotros y me rompí la pierna izquierda. El instinto de la conservación me hizo sobrellevar el dolor y me solté como pude á toda prisa, pues oía venir el mar destrozándolo todo á su paso.

» Ví una mula que estaba á corta distancia forcejeando por romper su rienda, y habiéndome arrastrado hasta ella, como me era imposible montar, hice con la cuerda que tenía la mula un nudo corredizo, pasé por él mis dos muñecas y mi saco, y me dejé arrastrar... La mula escapó asustada y lastimándome la espalda. Felizmente había podido preservar mi cabeza con mi saco. El animal no se detuvo hasta que llegó sin fuerzas á la pampa. Inútil es decir en qué estado me hallaba cuando volví en mí; pero lo cierto es que había salvado mi vida.»

J. N. CH.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuación.)

En cambio de todos estos objetos, recibía de los habitantes de los campos pieles de lobo, de *hamster* para forros, miel, trigo, ganado y otras cosas parecidas.

Poco despues se vió al artesano abrir su tienda ambulante al lado de la del mercader: llegó el zapatero á su vez y con él el fabricante de botones, el hojalatero y el pasamanero.

Poco á poco las chozas se convirtieron en casas sólidas que se levantaron formando cuadro al rededor de la gran plaza de mercado, á la cual iban á colocarse en hileras centenares de carruajes polacos cargados con varios objetos.

Los colonos extranjeros fundaron á sus costas un sólido establecimiento; compraron terrenos á los señores esclavos, cartas de naturaleza, y formaron sus estatutos á imitación de las ciudades alemanas.

Los nuevos ciudadanos construyeron su casa consistorial en medio del gran cuadrado, y en seguida una docena de casas para mercaderes y figones; de esta manera estaba cerrado el recinto del mercado. Al rededor de los corrales de las casas, de las habitaciones traseras de las mismas y de las calles, se levantaban los muros de la ciudad, y hasta colocaron torreones segun la costumbre.

Abajo habitaba el portazguero, arriba el guarda. En el exterior, en los bosques y en los matorrales se refería con gran sorpresa cómo habian prosperado con tanta rapidez aquellos extranjeros, teniendo que pagar cada

aldeano que entraba por las puertas en buena moneda de cobre un tributo al cual habian tenido tambien que someterse los nobles poderosos.

La suerte arrojó mas de un esclavo de las cercanías entre los habitantes de la ciudad. Estableciéndose entre ellos, se convirtieron tambien en ciudadanos, artesanos ó mercaderes. De esta manera se habia formado la ciudad de Rosmin sobre un antiguo terreno eslavo, á imitación de tantas otras ciudades alemanas que han continuado siendo, como al principio, los mercados de la gran llanura, las plazas donde los productos de la agricultura polaca se cambian con los inventos de la industria alemana, formando los nudos de una red echada sobre el esclavo, nudos artificiales á los cuales se unen un sin número de hilos que ligan los cultivadores de la llanura al resto de los hombres, á la civilización y á la libertad.

El día de mercado en Rosmin es todavía el gran día para todo el país comarcano. Al amanecer se trasladan á la ciudad las carretas, cargadas con el fruto de los campos. Encima de los sacos van sentados el aldeano y su mujer, pero no es un siervo el que castiga con su látigo los fatigados carcamales de su dueño; un hijo de esclavo, nacido libre, conduce hermosos caballos descendientes de las caballerizas reales.

Cuando acierta á pasar el carruaje del noble, montado sobre muelles, el joven conductor excita á sus caballos, y si es atento, levanta un poco el sombrero. Por todos los caminos reales y vecinales los campesinos se trasladan á la ciudad formando grupos; los jovencitos llevan sus ocas en carritos, y la mujer lleva en una canasta la manteca de su vaca, granos, setas y algunas veces, oculta en el fondo, una liebre que su marido ha muerto tirándole el bastón á la cabeza.

Delante de todas las posadas de los arrabales, hay filas de carruajes desenganchados; á la puerta de cada meson se ven hormiguar gentes que entran y salen; en el mercado los carros de trigo están materialmente hacinados; la plaza mayor está cubierta de sacos redondos y atalajes; caballos de todas tallas y pelos están atados uno al lado de otros; en la extremidad de la plaza, en los mejores sitios se ven tambien los carros de labor de los nobles.

Y en el cuadro que forman centenares de carruajes, entre los criados, las cabezas de caballos y los haces de heno, el agente judío se desliza como una anguila, llevando en cada uno de sus bolsillos muestras de trigo, y haciendo preguntas y dando respuestas en dos distintas lenguas.

Al lado de la blusa blanca y de la levita azul de los esclavos, y de su sombrero adornado con una pluma de pavo real, figura el traje azul oscuro de los colonos alemanes. Todo esto forma una notable mezcla de soldados de la guarnición inmediata, de habitantes de la ciudad, de cortijeros, de mayordomos y de nobles campesinos.

En una esquina del mercado está el gendarme muy tieso en su gran caballo. En este día hay grande animación en el mercado, y su imperiosa voz se pierde entre la confusión de los carruajes que obstruyen la entrada de la calle.

En todos los puntos de la ciudad las tiendas están abiertas de par en par, y delante de las casas los vendedores al detall y los revendedores extienden sus mercancías sobre mesas y barricas. El campesino, seguido por las mujeres de la familia, avanza con mesurado paso por delante de las mesas cargadas de toda clase de objetos; con un gesto reúne en derredor de sí á sus mujeres llenas de ansiedad, que se detienen en grupo en cuantas partes ven indianas, fichus y collares.

Al fin su estudiada sangre fría tambien abre paso á un grito de admiración cuando llega á una mesa cubierta de quincalla, ó delante de un arnés para caballo, ó bien delante de un magnífico jamon que está de manifiesto en una carnicería.

Examina largo rato antes de hacer una compra; durante mas de cinco minutos dobla en todos sentidos la acerada hoja de una sierra, hasta que incomodado el vendedor le arranca el objeto de las manos. Hasta entonces no se decide. Su mujer, tan poco diestra como él, va golpeando todos los pucheros para asegurarse por el sonido que no tienen ninguna rajadura.

El placer de comprar se experimenta aquí mas fuertemente que en ninguna otra parte, gastándose el dinero á manos llenas sin regatear. Se detienen á cada momento á causa de encontrar un pariente ó un conocido de otro pueblo.

Entonces se hacen interminables saludos, las mujeres se aprietan contra los grupos, se cruzan las preguntas y respuestas, y las noticias vuelan de boca en boca, hasta que toda la turba continúa en seguida haciendo en comunidad el exámen de las mercancías.

Al fin los de la comitiva que están fatigados se detienen delante de una mesa cubierta de salchicha partida á pedazos, delante de una pirámide de pan mollete, ó bien delante de las barricas, en las cuales brilla el arenque siempre codiciado.

Aquí es donde se hace el último gasto; luego se va á una posada, se llena una botella de aguardiente, y como no hay lugar en los bancos, se sientan en un rincón y comen tranquilamente largo rato. La botella corre de mano en mano, los rostros se encienden, los movimientos son mas vivos y los discursos mas calorosos.

Unos hombres se abrazan, en tanto que otros, antiguos enemigos, se buscan para reñir. El murmullo y los gritos de los mesones resuenan en todos los ángulos de la ciudad.

Entre tanto el que tiene negocios que arreglar lo efectúa, el que tiene una queja que exponer va al tri-

bunal, y el que tiene impuestos que pagar, generalmente lo verifica en este día.

En todas las administraciones se nota grande actividad. Todos los empleados alargan los dedos para hacer correr las plumas con mayor velocidad sobre el papel. Todos los jueces acuden este día al tribunal para ver y fallar las causas.

Las salas de los despachos de vinos están llenas, y el vendedor de Lœwemberg hace excelentes negocios; independientemente de su vino, hace tambien un gran comercio en trigo y lanas, presta cuantiosos capitales y es el confidente de muchos propietarios rentistas.

En su gran sala que da á la plaza, los convidados están sentados en distintas mesas separadas, siendo estos grandes bailíos alemanes, algunos ancianos propietarios polacos, y tal vez tambien campesinos enriquecidos con la venta de ganados.

En la pieza del fondo se ven personajes mas distinguidos. Allí se reúnen los nobles de la comarca; allí se ve mas de un rostro marchitado, pero tambien el noble corte del señor polaco y hombres de aspecto imponente y fuerte temperamento. Allí es donde la espuma del champaña salta hasta el techo, y donde haciendo abstracción de los negocios del día, se tratan todavía reservadamente muchas cosas que no pueden ser oídas por los profanos.

Si no se ocupan de política, hacen rodar los dados sobre la mesa, ó bien la baraja salida de un bolsillo aparece en medio de los vasos de vino. De repente se forma un grupo en una esquina de la mesa, reina el silencio en la sala y no se oyen mas que breves exclamaciones en francés.

De esta manera se pasa el día de mercado, en medio de las voces de los mercaderes que llaman á los compradores y parroquianos que compran y venden, comen y beben. Ruedan los carruajes y los caballos piafan. Esto dura hasta que la noche cubre el mercado con su velo. Entonces la aldeana tira del vestido de su marido pensando en los pucheros que se rompen con facilidad y en los pequeñuelos que llaman despues á su madre.

Los carruajes de todas clases se dispersan en seguida por todo el ámbito de la ciudad, y el joven aldeano adorna su sombrero con un ramo de flores. Hace chascar á cada momento el látigo que acaba de comprar, y excitado por una ligera vanidad, hace galopar sus caballos para adelantarse á los otros carruajes.

Por todos los caminos vecinales se ve regresar á sus hogares á las gentes del pueblo. La mujer ha asegurado á sus espaldas los pucheros, lleva un bonito fichu encarnado y turriones para los niños. Dentro de los pucheros lleva cucharas, espumaderas y molinillos para café.

El marido con la sierra á la espalda, anda con paso pesado é incierto al lado de su mujer, esforzándose en vano en guardar su dignidad de padre de familia á la vista de los extraños.

Mas tarde los coches de los señores se detienen delante de las casas de los negociantes en vinos, viéndose los cocheros obligados á aguardar mucho tiempo antes de partir, porque á los señores tambien les duele separarse de la botella y de sus compañeros.

Por fin empieza la ciudad fatigada á entregarse al descanso. El mercader abre el cajon de su arquilla, cuenta con su mujer el producto de la venta del día y clava las monedas de plata falsas encima del mostrador, á guisa de advertencia á los pagadores poco concienzudos.

El gendarme conduce su caballo á la cuadra; repasa en su memoria el número de vagabundos, los robos, las riñas que ha denunciado, y cuenta con una mirada de protección de sus superiores.

Finalmente, el vigilante nocturno hace su ronda; vigila sobre todo en esta noche las tabernas, en las cuales están todavía sentados algunos vocingleros, y á la incierta claridad de su linterna, mira con sorpresa poco agradable la plaza del mercado que deberá barrer al día siguiente.

Siempre se pasaba de este modo el día de mercado en Rosmin. Este invierno no habian sido menos animados los negocios que en otro tiempo, pero se advertía gran fermentación en muchas cabezas, sobre todo entre los nobles. Se veía algunas veces entrar en la sala del fondo de la casa del vendedor de vinos, extranjeros de marcial continente, detrás de los cuales se cerraba en seguida la puerta.

En las calles se veían jóvenes raramente vestidos, cubiertos con gorros cuadrados de color encarnado, atravesar por entre la multitud, tocar algunas veces en el hombro á un compatriota, llamar á otros por sus nombres y llevarlos aparte á un rincón. Cuando se presentaba en la calle un soldado vistiendo uniforme, las gentes le miraban como á un hombre disfrazado.

Algunos le mostraban desvío, la mayor parte le acogían amigablemente. En las tabernas y figones, los hombres de las aldeas alemanas se mantenían apartados sin mezclarse con los demás; los polacos que pertenecían á los terrenos de M. de Tarow bebían mucho y armaban mas algarazas que otros días.

En el último mercado, el cortijero de la nueva granja no habia podido encontrar una sola hoz en toda la ciudad. El guardabosque por su parte, se quejaba á Antonio de que en ningún almacén habia podido proveer de pólvora mas que para una semana. Alguna cosa enrarecía la atmósfera, pero nadie se atrevía á decir lo que era.

Era nuevamente día de mercado en Rosmin, y Antonio se trasladó en coche á la ciudad con un criado. Era uno de los primeros días de la primavera; el sol espar-

cia su dulce calor sobre el suelo cubierto todavía con su ropaje de invierno.

Antonio recordó que las primeras flores del jardín debían abrir sus matizadas corolas, y que ni las señoras del castillo ni él no las verían este año, á no ser tal vez en la esquina de la nueva alquería detrás de la granja. No era este por cierto momento oportuno para pensar en flores. Por todas partes los espíritus se mostraban agitados, y todo lo que al parecer se había afirmado en los últimos años vacilaba nuevamente.

Una tempestad política empezaba á rugir en vastos territorios; los periódicos referían todos los días sucesos inesperados y espantosos; una guerra sangrienta era inminente, y la propiedad y la civilización parecían estar en peligro.

Antonio pensaba cuán crítica sería la posición del barón, si el precio del dinero subía y la propiedad rústica depreciaba. Pensaba también en la casa de comercio de M. Schroeter, en su destino en el escritorio, que en secreto consideraba siempre como una propiedad suya, y en la carta poco satisfactoria en que Baumann le contaba cuán sombrío se mostraba su principal y cuán desahuciables estaban ahora los dependientes en la mesa del té.

Un ruido que oyó en el camino le distrajo de sus tristes pensamientos. Vió pasar varios coches de señores; en el primero iba M. de Tarowski, que saludó á Antonio graciosamente. Este observó con extrañeza que conducía á su picador en el asiento trasero como si fuera á caza. Seguían otros tres coches; todos estaban llenos de hombres, de los cuales algunos iban de pié en los estribos, y detrás de los coches galopaba un grupo de jinetes, entre los que se encontraba el mayordomo alemán de M. de Tarow.

— José, gritó Antonio al cochero, ¿qué es lo que ocultan esos señores en el segundo carruaje?

— Fusiles, contestó el cochero sacudiendo la cabeza.

Un hermoso día de primavera, después de los pedriscos y de los frecuentes chaparrones, atraía á la ciudad á todas las gentes de las granjas inmediatas, que se adelantaban en pequeños grupos, viéndose en ellos muy pocas mujeres. Era aquello una confusión de exclamaciones y de preguntas que se oían por todas partes, como sucedía ordinariamente al regreso de la ciudad. Antonio hizo parar en la primera posada.

— Hay mucha distancia de aquí al mercado, dijo el cochero, ¿cómo lo haremos para cargar la avena?

— Quédate al cuidado de los caballos y no entres en la ciudad. Si compro algo, ya lo mandaré aquí á la posada.

Antonio entró á toda prisa por la puerta de la ciudad y atravesó la multitud que se apretaba en las calles.

En medio de las oleadas de gente, los carros cargados de trigo apenas podían dar un paso. Cuando Antonio llegó á la plaza de mercado se estremeció al aspecto de las fisonomías. Por todas partes se veía la exaltación en los rostros, como si se aguardaran graves acontecimientos. Varios hombres del pueblo vestían traje de caza y en todas partes se advertía en los sombreros una escarpela extraña.

Delante de la casa del vendedor de vinos, la concurrencia era todavía mayor, viéndose las cabezas materialmente apretadas unas contra otras. Todas las miradas se dirigían á las ventanas, en las cuales ondeaban banderas de distintas naciones, ocupando el primer lugar los colores de Polonia.

Antonio miró todavía con aire más sombrío la fachada de la casa, cuando, al abrirse la puerta, vió sobre la escalera de piedra á M. de Tarow y á un extranjero con una cinta al rededor del cuerpo.

Antonio reconoció en el extranjero al polaco que en otra ocasión le había amenazado hacerle juzgar por un consejo de guerra y que hacia algunos meses había preguntado por el administrador Bratzky.

Un joven salió de entre la multitud, subió al primer escalón, dijo gritando algunas palabras en polaco y agitó su gorra: fué contestado por una ruidosa aclamación á la que siguió un silencio general.

M. Tarowski pronunció algunas palabras que Antonio no pudo oír por el ruido que hacían los carruajes que corrían en distintas direcciones, y porque la acalorada turba le oprimía por todos lados.

Finalmente, el señor de la cinta pronunció un caloroso discurso. Habló largo rato y fué interrumpido por frecuentes aclamaciones. Cuando hubo concluido, se levantó un clamoreo atronador. Las puertas de la casa se abrieron de par en par.

Las oleadas de la multitud se empujaban en todos sentidos como las agitadas aguas del mar. Una cuadrilla se alejó precipitadamente y se esparció por la plaza del mercado. Otros penetraron dentro de la casa. Cada cual salió al cabo de pocos instantes con una escarpela en la gorra y armado de una hoz en forma de pica.

En un abrir y cerrar de ojos vió formada delante de la casa una tropa armada de picas y fusiles. El número de combatientes aumentaba por momentos. Pequeñas partidas de hombres armados de picas, conducidas por jefes que llevaban fusil, tomaron varias direcciones. Antonio oyó detrás de él voces de mando y que se daban disposiciones. Se volvió y observó algunos jinetes que, con rudas palabras, daban prisa para que las carretas y otros carruajes se alejaran de la plaza del mercado.

El ruido y el tumulto iban en aumento. Los campesinos asustados, aguijaban á sus caballos; los vendedores se refugiaban en las casas con sus géneros cerrando las tiendas. Algunos momentos después el mercado ofrecía un aspecto desolador. No quedaba en él ningún

carruaje. En las esquinas había puestos avanzados de hombres armados con hoces; sus largas picas brillaban á la luz del sol, y en la misma plaza se observaban idas y venidas de la agitada muchedumbre. Aturdido, consternado y encolerizado, Antonio se vió arrastrado por las masas compactas.

De este modo llegó al lado opuesto de la plaza, donde estaba la recaudación de contribuciones, que se distinguía de lejos por el escudo de armas del Estado, pintado en una tabla y clavado al lado de la ventana. Las masas se dirigieron todavía presurosas hácia aquel lado.

Una partida de hombres armados estaba situada frente al edificio. De lejos Antonio vió que un hombre apoyaba una escalera de mano en la pared, se encaramaba hasta tocar el escudo y descargaba en él martillazos hasta derribarlo. Cuando las armas del Estado estuvieron en el suelo, se oyó entre la multitud un ligero grito sofocado.

Reinaba tal silencio, que se hubiera percibido el más leve sonido. Una horda de hombres embriagados se arrojó con salvaje alegría sobre el escudo, le ataron á una cuerda, y en medio de la gritería, le arrastraron por el lodo de las calles.

Antonio, fuera de sí, estaba agitado por las más violentas pasiones.

— ¡Miserables! exclamó en alta voz, y cruzando por entre la muchedumbre que le rodeaba, corrió al encuentro de aquella banda de furiosos.

De repente una mano le estrechó el brazo y una temblorosa voz le dijo:

— No os precipiteis, señor Wohlfart; hoy es su día, mañana será el nuestro.

Antonio se desprendió de la mano que le retenía, y vió á su lado la respetable figura del bailío de Neudorf, rodeado de hombres con el semblante demudado. Los trajes azules de los aldeanos alemanes y multitud de rostros tristes y enojados formaban en derredor una especie de muralla.

La mano poderosa del bailío se posó de nuevo en el hombro de Antonio, diciéndole conmovido:

— Atended á la conservación de vuestra existencia, señor Wohlfart; en este momento no podemos hacer nada; no tenemos más armas que nuestros puños, y estamos en minoría.

Por el otro lado le tenían cogida la mano como con unas tenazas. El anciano guardabosque estaba á su lado sollozando y decía:

— ¡Qué vergüenza ver lo que pasa en este día!

Sacudió al mismo tiempo convulsivamente la mano de Antonio, se dió con los puños en la frente y lloró como un niño. El dolor inmoderado del anciano restituyó á Antonio parte de su calma, rodeó con sus brazos el cuello del guardabosque y le tuvo apretado contra su cuerpo. Un nuevo grito discordante resonó á su lado: — Registrad á los alemanes, quitadles las armas. ¡Es necesario que nadie salga de la plaza del mercado!

Antonio miró en derredor de sí y dijo:

— Nosotros no podemos sufrir vernos así cercados como prisioneros en una ciudad alemana y ver nuestras armas nacionales hundidas en el lodo por esos miserables.

Se oyó á lo lejos el redoble de un tambor.

— Es el tambor de los cazadores de la milicia ciudadana, exclamó el bailío; los tiradores de la ciudad se reúnen. ¡Esos tienen armas!

— Tal vez no está todo perdido, añadió Antonio. Yo conozco aquí algunas personas de confianza. Vamos, tranquilizaos, honrado guardabosque. Los alemanes de los campos no deben separarse, ó de lo contrario nos sabremos lo que es posible hacer en estas circunstancias. Salgamos al mismo tiempo del mercado, y nos reuniremos todos cerca de la fuente. ¡Cada cual que vaya en busca de sus amigos! Ahora no perdamos tiempo. Vos, bailío, id por ese lado. Vos, herrero de Kunau, venid conmigo.

El grupo se dividió y marchó en dos distintas direcciones.

Antonio, seguido por el guarda y el forjador, atravesó todavía otra vez todo el mercado. Jamás había buscado con tanto ardor, jamás se había dado á entender con más facilidad. En donde encontraba un alemán, con una sola mirada, un rápido apretón de mano y la contraseña deslizada al oído: « Los alemanes se reúnen cerca de la fuente; » obligó á los más irresolutos á engrosar el número de los patriotas.

Se detuvo un instante con sus compañeros en medio de la turba, delante de la casa del vendedor de vino. Cerca de cincuenta hombres armados con hoces estaban situados enfrente de aquella casa; á su lado había una docena de fusiles.

Las puertas estaban todavía abiertas de par en par, y los hombres entraban uno á uno en busca de armas. La multitud indecisa se mantenía á la expectativa. Se veían mezclados polacos y alemanes, ciudadanos y aldeanos.

Antonio observó que los campesinos polacos estaban también allí, con los rostros demudados y ademan vacilante. Delante de la casa varios nobles dirigieron su voz á las masas. Mientras el guardabosque y el forjador de Kunau indicaban á los alemanes el punto de reunión, Antonio se lanzó sobre un hombrecillo vestido como un obrero que llevaba delantal de cuero y que con la cara y las manos fznadas se deslizaba á través de la multitud. Le cogió por el brazo y le apostrofó en estos términos:

— Cerrajero Grobisch, ¿cómo, vos por aquí? ¿Por qué no os dirigís al punto de reunión? Siendo cazador y ciudadano, ¿soportareis tanta ignominia?

— ¡Ah! señor Wohlfart, dijo el cerrajero llevando aparte á Antonio. ¡Qué desgracia! figuraos que estaba trabajando en mi taller, y el ruido del martillo me impedía oír lo que pasaba, así es que no sabía nada. Hé ahí que mi mujer se precipita en el taller...

— ¿Soportareis semejante ignominia? exclamó Antonio dando una fuerte sacudida al cerrajero.

— Dios me libre de semejante cosa, señor Wohlfart, contestó el cerrajero. Yo mando un peloton de cazadores. Mientras mi mujer saca el uniforme, he venido corriendo á la plaza para saber cuántos eran. Vos que sois más alto, decidme ¿cuántos hay armados?

— Cuento sobre cincuenta hoces, contestó Antonio en seguida.

— No me habéis de los revoltosos armados con hoces, sino solo de los que empuñan un fusil.

— Hay unos doce delante de la puerta, y puede haber otros tantos dentro de la casa.

— Nosotros somos cerca de treinta, dijo el diminuto cerrajero afligido. Pero en la actualidad no se puede contar con todos.

— ¿Podéis procurarnos armas? preguntó Antonio.

— Solo en pequeño número, dijo el cerrajero moviendo la cabeza.

— Tengo á mis órdenes algunos campesinos alemanes, repuso Antonio con creciente vivacidad. Nos abriremos paso hasta el meson del *Ciervo encarnado* en el arrabal. Allí tendré toda mi gente reunida; enviadnos noticias por una patrulla, y remitidnos todas las armas que podáis procuraros. Si arrollamos á los nobles, los aldeanos naturalmente se desbandarán.

— ¿Lo creéis así? ¿Y la venganza de esos polacos? dijo el cerrajero levantando el dedo índice. La ciudad lo pagará todo.

— No pagará nada, maestro Grobisch. Mañana tendréis tropas aquí, si hoy rechazais á los insurgentes. ¡Vamos, valor! cada instante que se pierde aumenta el peligro.

Empujó al cerrajero hácia adelante y se dirigió á toda prisa hácia el lado de la fuente. Allí vió á los alemanes formados en grupos. El bailío de Neudorf corrió á su encuentro.

— No hay tiempo que perder. Los enemigos dan la señal de alarma. Mirad allá abajo, enfrente de nosotros, un numeroso grupo de hombres armados con picas.

— Seguidme, dijo Antonio. Cerrad bien vuestras filas; adelante, salgamos de la ciudad.

El guardabosque corria de un grupo á otro y los reunió á todos formando una fuerza imponente. Antonio iba á la cabeza con el bailío. Cuando llegaron á la esquina del mercado, las hoces se cruzaron á través de la estrecha calle, el jefe del puesto preparó su fusil, y gritó con énfasis:

— ¿Por qué quereis partir, caballero? vosotros, tomad las armas; hoy es el día de la libertad.

— No tuvo tiempo de decir nada más, porque el guardabosque se lanzó sobre él y le pegó tan rudamente en la mejilla, que el insurgente vaciló, y al caer se le disparó el fusil. En seguida se levantó una fuerte gritería en la plaza del mercado.

El guardabosque se apoderó del fusil, y los enemigos sorprendidos y desmoralizados se vieron acorralados contra las casas; les arrancaron las hoces de las manos, las rompieron y las arrojaron sobre el enlosado.

Nuestra gente avanzó sin ser perseguida hasta la puerta de la ciudad. El puesto enemigo que la guardaba se retiró sin hacer resistencia y dejó pasar la compacta masa de alemanes.

Cuando hubieron llegado delante de la posada, el bailío, por invitación de Antonio, dijo á los hombres allí reunidos:

— Amigos míos, en la ciudad se conspira contra el gobierno y contra los alemanes. Los enemigos armados son pocos, y por otra parte acabamos de ver cómo los aldeanos saben derrotarlos. Los que tengan bastante resolución se quedarán con nosotros, y todos unidos ayudaremos á los ciudadanos honrados á arrojar de la población á los extranjeros. Los tiradores nos enviarán uno de sus compañeros para indicarnos de qué modo podremos prestarles auxilio. Así pues conviene que permanezcamos todos estrechamente unidos.

Al oír estas palabras, la mayor parte exclamaron:

— Nos quedaremos aquí.

Algunos, impulsados por el miedo, se deslizaron por detrás de la casa y se escaparon atravesando los campos. Todos los que quedaron se armaron con gruesos palos, cuchillos, hoces, y con todo lo que encontraron á mano.

— Yo he venido aquí á comprar pólvora y balas, dijo el guardabosque á Antonio. Ahora tengo un fusil, y quemaré hasta el último cartucho para vengar el ultraje inferido á nuestro escudo.

Entre tanto en el castillo habían transcurrido las horas en la más completa tranquilidad. El barón, conducido por su esposa, daba su acostumbrado paseo para tomar el sol.

Refunfuñaba un poco porque las toperas con las cuales tropezaba no estaban mejor niveladas, llegando á sacar la consecuencia de que no tenía que fiar gran cosa en los empleados y hombres asalariados, y que Wohlfart era sin duda el menos cuidadoso de todos. En su mal humor agriado por los padecimientos, sentía cierto placer en cargar el acento sobre este objeto predilecto, y la baronesa le contradecía lo menos posible para no irritarle.

Al fin se sentó al aire libre, en una silla que el criado le llevaba siempre á prevención, y escuchó tranquilamente á su hija, que trazaba con Carlos un pequeño plantío.

Nadie pensaba en ninguna cosa desagradable. Cada cual se ocupaba solo de lo que pasaba á su lado.

En breve la fatal noticia de que ocurría alguna cosa horrible atravesó volando la llanura, salvó la barrera que formaban los pinos, los perales y los campos de trigo que rodeaban el castillo.

Llegó al principio vaga, oscura, como la ligera nubecilla que empaña un cielo brillante y puro; luego se aumentó trasformándose á manera de un gran buho que oscurece la atmósfera en derredor suyo, azotó luego con sus negras alas los corazones de los habitantes de la aldea y del castillo, detuvo la circulación de la sangre en las venas, é hizo asomar ardientes lágrimas á los ojos de todos.

Carlos, ocupado en su trabajo, levantó bruscamente la cabeza, y dijo lleno de espanto á Leonor:

— ¿Qué es eso, un tiro?

Leonor, consternada, le miró, y burlándose luego de su propio susto, contestó:

— No he oído nada. Tal vez será el guardabosque.

— No puede ser, está en la capital, repuso Carlos con seriedad.

— Entonces será algún maldito que caza de contrabando en el bosque, dijo el baron encolerizado.

— Eso ha sido un cañonazo, dijo Carlos obstinándose en su primera idea.

— ¡Ca! no es posible, repuso el baron; pero él mismo aplicó el oído con ánimo inquieto. En algunas millas á la redonda no hay artillería.

Al mismo tiempo una voz salida del patio de la granja gritó:

— En Rosmin hay fuego.

Carlos miró á Leonor, y arrojando al suelo su escardillo, corrió á la granja seguido de esta.

— ¿Quién es el que ha dicho que hay fuego en Rosmin? preguntó á los mozos de la granja que atravesaban el patio para ir á comer.

Nadie habia dicho una palabra, pero todos se dirigieron asustados al camino real, y procuraron ver si se divisaba algo por la parte de Rosmin, á pesar de que todo el mundo sabia bien que la ciudad distaba mas de dos millas, y que no se podia ver nada.

— Hace un momento, dijo uno de los mozos de la granja, he visto correr dos mujeres llenas de espanto hácia el lado de Neudorf.

— Es indudable que ocurre algo extraordinario en Rosmin, porque se ve humo al otro lado del bosque.

Todos, hasta el mismo Carlos, creyeron ver un velo sombrío tendido en direccion de la ciudad.

Sin ningun motivo aparente, el sobresalto iba en aumento.

Los aldeanos se reunieron en el camino. Todos dirigian sus miradas hácia Rosmin y hablaban de la desgracia que habia descargado sobre la ciudad.

— Los nobles están hoy allí, gritó uno de los aldeanos; ellos sin duda han pegado fuego á la poblacion.

Uno que estaba á su lado refirió que habia oído decir á un hombre en el campo, que aquel era un día del que guardarían recuerdos los propietarios. Al mismo tiempo dirigió una oblicua mirada á Carlos, y añadió:

— De aquí á la tarde pueden suceder muchas cosas. El mesonero acudió presuroso, y gritó al ver á Carlos:

— ¡A Dios pluguiera que hubiésemos ya pasado este día!

Carlos contestó con la misma expresion:

— También lo quisiera yo.

Al expresarse así, nadie sabia á punto fijo por qué. Desde este momento se sucedieron las noticias siguientes:

Se decia:

— Los soldados y los polacos se libran una batalla.

— También en Kunau hay fuego, gritaron algunas mujeres que regresaban del campo.

Al fin la cortijera llegó muy sofocada y dijo á Leonor:



Expedicion francesa al Me-Kong. — Bajo-relieve de la galería principal del templo de Angkor. (Véase el artículo en el número anterior.)

— Mi marido me envia, porque no se atreve á dejar la casa en este día terrible. Me encarga que pregunte si sabeis algo del guardabosque. En la ciudad se baten, se degüellan, y suponen que le han visto entre los combatientes.

— ¿Quién dice eso? preguntó el baron.

— Un hombre que pasaba por el campo se lo ha contado á mi marido, dijo la asustada mujer, y es necesario que esté todo muy revuelto por allá, porque cuando el guardabosque ha ido á la ciudad no llevaba escopeta. Esta noche pasada se ha notado un resplandor como si hubiera fuego en los campos, continuó. Nuestra habitacion estaba completamente iluminada; mi marido se ha levantado y ha salido á ver lo que era.

(Se continuará.)

Ch. Terbruggen.

(Correspondencia particular).

Amberes 30 de setiembre.

«No se habla aquí, y en toda Bélgica, mas que de un robo de 93,000 francos que se acaba de cometer en perjuicio de una casa de banca de Amberes en las circunstancias siguientes, de cuya autenticidad salgo garante.

» Ch. Terbruggen (el ladrón) tenia que presentar una mañana un recibo á la firma, y al mismo tiempo un mozo recaudador debia llevar al banco de Amberes una suma de 93,000 francos en billetes de banco. Ahora bien, con la mayor frescura del mundo el ladrón cambia el encargo y toma los 93,000 francos que habian de depositarse en el Banco de Amberes.

» No se le ha vuelto á ver, pero es de creer que no se ocultará largo tiempo. Su fotografia se ha esparcido con profusion por todas partes, y los periódicos ilustrados contribuirán á esparcir el retrato con las señas del delincuente, en lo cual harán un servicio á la moral pública ultrajada tan á menudo. Ch. Terbruggen, nacido y domiciliado en Amberes, tiene de veinte á veinte y un años de edad, con 1 metro 60 centímetros de estatura, cabello casi rojo, ojos pardos y pequeños, nariz recta y abultada, cejas y párpados muy rubios, casi blancos, semblante imberbe, rostro ovalado, frente ancha y espaciosa, buen color con algunas pecas, hombros robustos, y como seña particular, una manchita en la megilla izquierda á la altura de la boca.

» A este jóven acompaña un tal Federico Laermans, de la misma estatura y edad, con cabello negro, ojos castaños, bigote y barba naciescentes.

» Se darán 10,000 francos de recompensa á la persona que haga prender á los ladrones en posesion de estos valores.»

E. L.

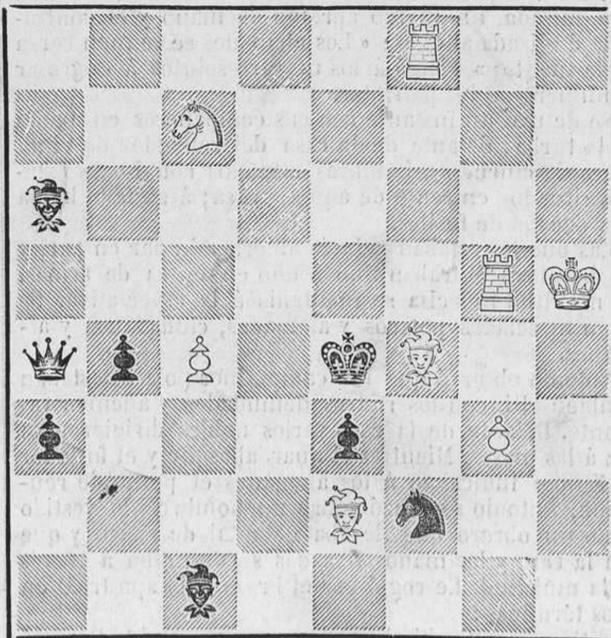


Terbruggen, buscado por un robo que ha cometido, de 93,000 frs.

Problemas de ajedrez (1)

PROBLEMA NÚMERO 273, POR M. E. FREEBOROUGH.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

(1) Solucion del número 272.

- | | |
|-----------------------|----------------|
| 1 C 4ª T á 2ª CR | P toma P 3ª CR |
| 2 Rª toma P jaque | A toma Rª |
| 3 T 6ª Rª | R toma 3ª R |
| 4 A 3ª CR jaque-mate. | |

Los Editores-Proprietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.